sala, sobre una bandeja; parecia de oro y plata. El príncipe iba á tocarla, pero el fiel Juan le apartó y cogiéndola con guantes la hechó al fuego donde quedó al momento reducida á cenizas. Los demás servidores volvieron á murmurar: «Lo veis, decian, ahora le dá por quemar la camisa de boda del Rey.»

Pero el Rey repitió de nuevo: «Sin duda tiene sus motivos. Dejadle obrar; es mi fiel.»

Celebráronse las bodas, hubo un gran baile, y la desposada comenzó á bailar. Desde este momento el fiel Juan no la perdió de vista. De pronto la dió un desmayo; y cayó como muerta. Inmediatamente la levantó y la llevó á su aposento; y allí, habiéndola tendido sobre el lecho, se inclinó sobre ella y la chupó en el hombro derecho tres gotas de sangre. En el mismo instante respiró y recobró el conocimiento; pero el Rey que lo habia visto todo y que no comprendia nada de la conducta de Juan, concluyó por irritarse seriamente y le hizo encerrar en un calabozo.

Al dia siguiente el fiel Juan fué condenado á muerte y conducido á la horca; hallándose ya en lo último de la escalera fatal, dijo: «Todo hombre que vá á morir puede hablar antes de su fin; ¿tendré derecho para ello?

—«Te lo concedo, dijo el Rey.»

—Pues bien. Me han condenado injustamente; no he dejado un momento de serte fiel.»

Entonces refirió cómo habia oido en el mar la conversacion de las cornejas, y cómo todo lo que habia hecho era necesario para salvar á su amo.» Oh mi fiel Juan, exclamó el Rey, te perdono. Pero el perdon era tardío porque á la última palabra pronunciada por el fiel Juan cayó sin vida, trasformado en piedra.

El Rey y la Reina manifestaron por ello gran pesar: el primero dispuso que llevaran la estátua de piedra á su dormitorio y cada vez que le veia repetia llorando: ¡ay! mi fiel Juan, ¡si pudiera volverte á la vida!

Al cabo de algun tiempo, la Reina dió á luz dos gemelos que

crió felizmente y fueron la alegría de sus padres. Un dia que los dos niños jugaban en el cuarto se fijaron los ojos del Rey en la estátua y no pudo menos de repetir de nuevo suspirando: « ¡Ay! mi fiel Juan, que no pudiera yo devolverte la vida. »

Pero la estátua, tomando la palabra, le contestó:

—Tú lo puedes si quieres consagrar á ello lo que más amas en el mundo.

—Cualquier sacrificio haria por tí.

—Pues bien, replicó la estátua, para que recobre la existencia, es preciso que cortes la cabeza á tus dos hijos y que me huntes de arriba á abajo con su sangre.

El Rey y su mujer palidecieron y resolvieron sin vacilar dejar convertido en estátua al fiel Juan.

Andando el tiempo los niños se hicieron hombres, y formaron una conspiracion que debia empezar por el asesinato de su padre, contra el cual se declararon en rebelion abierta.

Pero el plan fracasó, la rebelion fué vencida y los hijos perecieron en el patíbulo.

Al caer su cabeza y regar con sangre el patíbulo, la estátua se reanimó y el fiel Juan volvió á la vida como si nunca la hubiera perdido.

Juan no habia vacilado en sacrificarla al Rey, pero este no tuvo valor para devolvérsela: la providencia hizo lo que él no habia hecho; el criado del Rey no escarmentó y siguió siendo hasta el fin de sus dias el fiel Juan.

LA SED DE ORO.

Era de noche, acababan de dar las once en el reló de la parroquia; las tiendas y las puertas se cerraban, las luces se apagaban unas tras otras, un profundo silencio reinaba en el pueblo y Margarita, sentada sobre el banco que habia delante de la casa de su tio maese Bernard, el panadero, no pensaba en retirarse á dormir.

A su lado se hallaba un jóven que estrechaba su mano, manifestando hallarse unido á ella por los lazos del más acendrado amor; y sin embargo, sus corazones estaban oprimidos de tristeza.

Jorge (que este era el nombre del amante de Margarita) debia ausentarse, para emprender el viaje que todo aprendiz está obligado á hacer despues de haber adquirido los primeros rudimentos de su oficio, y la sola idea de este viaje, que ordinariamente agrada tanto á los jóvenes de su edad, mortificaba en sumo grado al pobre mancebo.

La jóven, tambien muy afligida, pero con más valor que su amante, procuraba consolarle.

—Vamos, Jorge, le decia ahogando su llanto, puesto que es preciso separarnos, que sea al menos con valor; no te entristezca este viaje, porque ¿quién sabe dónde te espera la fortuna?....

—¡No! respondió Jorge, ¡no puedo vivir sin tí!.... ¿Cómo conseguir algo sin tenerte á mi lado? La idea de abandonarte me desanima, y con la seguridad de tu cariño, desprecio á la fortuna. Si tu tio hubiese querido dejarnos juntos, habria encontrado en mí un activo y fiel servidor. No le hubiera exigido otro salario que el pan que en su casa hubiera comido, pan ganado con lealtad, porque por lo demás ¿qué otra necesidad tengo yo si no la de amarte, mi querida Margarita?

—¡Ay!.... me hablas de ese modo, querido Jorge, porque todavía no conoces las necesidades de la vida: todo es fácil para el que vive solo; pero cuando se tiene que sostener una casa, es muy diferente; los cuidados se aumentan, las necesidades se multiplican y entonces es uno á la vez pobre y desgraciado. Esto sucede en casa de mi tio; á pesar de tener una profesion y parroquianos, á pesar de su laboriosidad, de su economía, siempre se está quejando. ¡Los tiempos que alcanzamos son tan fatales!....

Jorge no se conformaba con estas prudentes reflexiones, queria probar á Margarita que los sufrimientos del amor eran más difíciles de soportar que los de la vulgar necesidad, y la despedida no se terminaba, á pesar de los prolongados avisos del *Nachtwachter* ó sereno, cuya lúgubre voz anunciaba la avanzada hora de la noche.

Maese Bernard salió á la puerta.

—¡Vamos! les dijo un poco amostazado, ¿pensais acabar esta noche? Me parece que habeis tenido suficiente tiempo para despediros!.... Ya sabes, Margarita, que mañana hay que hacer una hornada para los pasteles que se han de servir en la boda de nuestro vecino, y que es preciso que estés levantada antes de amanecer, porque es una persona con quien quiero cumplir.

—Tio, respondió Margarita con acento cariñoso, concededme un cuarto de hora más, os lo suplico: sabe Dios si Jorge y yo volverémos á vernos. Se ausenta por mucho tiempo, quizás para siempre.... Os prometo que el horno estará encendido antes que os hayais despertado, me acostaré vestida; estad tranquilo, la necesidad de llorar me desvelará.

Conmovido maese Bernard por el afligido tono de voz con que la jóven le hablaba:

—Si yo fuese más rico de lo que soy, hijos mios, les dijo, os evitaria el sentimiento que os causa vuestra separacion, pero apenas tengo lo necesario para vivir, ya lo sabeis; me veo obligado para recuperar mi modesta fortuna destruida por la guerra, á privarme de todo; pero puesto que no hay otro remedio, no entristezcais al corazon con una despedida tan prolongada; por otra parte, en todas las cosas el primer paso es el que cuesta, ¿quién sabe si lo que hoy deseais sería en realidad vuestra ventura?

—¡Ah! tio, muy pronto lo habeis dicho, respondió Margarita; cuando no participamos de las desgracias de los demás, no es muy fácil aconsejar. ¿Os acordais el sentimiento que experimentásteis cuando por causa de la venida de los enemigos, estuvísteis á punto de abandonar vuestra casa y todo lo que poseíais?.... Y qué es una casa, qué son todos los bienes de la tierra comparados con un amigo á quien amamos sinceramente?.... Vamos, tio, otorgadnos un instante más y acostaos tranquilo, que yo tendré cuidado de cerrar la puerta.

El anciano Bernard, medio convencido con las razones de la jóven, accedió á dejarla hablar un cuarto de hora más; pero ya iban á dar las doce de la noche y todavía los amantes no habian tenido valor para despedirse. Margarita fué la que se levantó primero, saludó por última vez á Jorge y con acento conmovido, casi ahogado, repitió varias veces la palabra adios.... y entró con el mayor silencio en su casa, cerró la puerta, y se deslizó callandito y sin luz hasta penetrar en su cuarto.

Mucho tiempo pasó antes de que el sueño cerrase sus ojos escaldados por el llanto.

Habia reunido todos los regalitos que Jorge la habia hecho, los tenía colocados sobre su cama, y á la débil claridad de la luna los contemplaba con ternura; cada uno le recordaba una alegría, un placer, y sumida en un dulce y triste desvarío, olvidó las horas y concluyó por dormirse subyugada por el cansancio.

De repente se despertó sobresaltada creyendo haber dejado pasar la hora en que debia dedicarse á sus quehaceres, porque la fragua del herrador que vivia enfrente estaba encendida; escuchó el ruido de los fuelles y vió á los operarios entregados á sus faenas.

Se apresuró á bajar la escalera que conducia desde su cuarto á la cocina, colocó la leña en el horno, cojió la piedra y el eslabon, salieron chispas, pero en su precipitacion se le cayó la yesca y se apagó el fuego, aun cuando procuró encenderlo varias veces.

Margarita arrojó con impaciencia el eslabon, tomó un cojedor y se aventuró á pasar á casa de su vecino á pedirle unos carbones encendidos. Con esta intencion abrió la puerta, atravesó la calle y entró en casa del herrador.

Los fuelles soplaban, los operarios se agitaban alrededor del yunque, levantando sus enormes martillos que brotaban del hierro candente millares de chispas. Margarita los saludó con timidez, sin atreverse á mirarlos, les pidió permiso para cojer unas áscuas y al ver que no la respondian, se dió prisa á llenar su cojedor y salió de la herrería ofendida por el grosero modo con que los herradores la habian recibido, no mirándola ni contestando siquiera á su saludo.

Al llegar á la cocina, puso los carbones sobre el horno, y su sorpresa no tuvo límites al ver que estaban apagados: tenía que volver á casa del herrador.

Los operarios entregados á sus faenas y sin distraerse con su llegada continuaron trabajando. Margarita llenó de nuevo su cojedor y salió de la herrería aún más de prisa que la primera vez por miedo de que durante la travesía apagase las áscuas el aire

húmedo de la mañana, pero apenas introdujo los carbones en el horno, vió que estaban apagados y en vano procuró reanimarlos.

La jóven se decidió á volver por tercera vez á la herrería. Entró en la tienda, se disculpó de ir tan amenudo, llenó su cojedor y se preparó á salir, cuando uno de los tres herreros, dejando su tarea, se volvió hácia ella y con acento sepulcral la dice:

—No vuelvas á venir ó te haré....

Al oir estas palabras Margarita, aterrorizada, levantó la vista hácia el que se las dirigia, quiso gritar, pero el grito se ahogó en sus lábios....

No eran seres humanos los que alrededor del yunque trabajaban; si no tres horribles fantasmas cuyas descarnadas manos levantaban pesados martillos, y concluian su misteriosa obra nocturna; los empolvados harapos de los sudarios que le servian de hábito se agitaban al movimiento se sus enjutos brazos y las azuladas llamas daban un siniestro resplandor á este horrible cuadro.

Despues de un momento de silencio, los tres fantasmas dejaron su tarea y fijando sobre la jóven, medio muerta de espanto, sus hundidas órbitas, animadas otro tiempo por ojos humanos, parecian estar dispuestos á apoderarse de ella.

El horror que le causaron, la devolvió de pronto las fuerzas, el miedo la dió alas y huyó, atravesó la calle, se precipitó en su casa, pero apenas llegó á la cocina, cuando sus rodillas se debilitaron y cayó sin sentido.

Maese Bernard, que habia dormido poco, no fiándose en la diligencia de Margarita, y temeroso de que su encargo experimentase algun retraso, se levantó.

Todo estaba en silencio en la casa, lo que le hizo creer que su sobrina, abrumada por el pesar, no se habia levantado á la hora de costumbre, y deplorando las locuras de la juventud, el buen tio se dirigió hácia el horno con el objeto de preperar él mismo la hornada; pero cuál sería su trastorno al ver tendida en el suelo á su sobrina.

Eran tres figuras colosales.

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

Al pronto la creyó dormida, pero el sudor helado que cubria su frente no tardó en hacerle conocer la verdad, y se apresuró á prestarla los socorros necesarios para devolverla la vida.

Cuando Margarita volvió en sí, los primeros albores de la mañana comenzaban á iluminar la cocina: hacía ya tiempo que la luna se habia ocultado, y por esta razon maese Bernad no se tomó el trabajo de encender el candil.

Interrogada la jóven, miró á su alrededor llena de espanto y haciendo un movimiento de terror se ocultó en los brazos de su tio refiriéndole en voz baja su espantosa aventura.

Maese Bernard no dió fé á su narracion; la herrería estaba todavía cerrada, el vecindario tranquilo, y no vió en el relato de su sobrina mas que el efecto de una pesadilla.

En vano fué que Margarita le repitiera hasta los más insignificantes detalles; en vano que le enseñara los carbones apagados que habia sobre el horno; su incrédulo tio persistió en atribuirlo todo á un mal sueño.

—Preocupada con el trabajo, te has levantado, como sucede á muchas personas, y has tomado por cosa cierta lo que no era más que un fantasma de tu imaginacion, la dijo.

Margarita no convencida con estas razones, continuaba mirando los carbones, sin escuchar apenas las palahras de maese Bernad, quien la decia con insistencia que se pusiera á trabajar.

Cuando los primeros rayos del sol penetraron en la cocina y se reflejaban en las paredes del horno, un nuevo prodigio llamó su atencion é hizo que maese Bernard guardase silencio.

A medida que se difundia la luz, los carbones de la fragua empezaban á brillar con tan vivo y tan maravilloso resplandor, que se hubiera dicho que se despojaban de los sombríos colores de la noche para mostrarse de dia bajo su propia y verdadera forma.

Maese Bernard no dió crédito á lo que veia, hasta que á través de las cenizas apercibió bien claramente un pedazo de oro..... le cogió titubeando, pero apenas separó de él la ceniza que lo cubria, cuando los rayos del sol innundaron por completo la

cocina y entonces vió los demás carbones trasformados tambien instantáneamente en oro puro.

Sin embargo, esta trasformacion no se verificó más que en los carbones que Margarita habia cogido de la fragua de su vecino, los demás permanecian en su estado normal, negros y apagados.

—Sabes, muchacha, que has nacido de pié, dijo maese Bernard, porque has hallado un tesoro con el cual podrás ser rica toda tu vida, si tu conciencia no te impide aprovecharte de él?

Margarita estaba fuera de sí, se veia en un abrir y cerrar de ojos dueña de una riqueza cuyo valor era para ella incalculable, pero su primer pensamiento fué para su amante.

—Bendito sea Dios, exclamó colgándose al cuello de su tio, ¡Jorge no partirá! Ya no necesita abandonarme para buscar recursos, podremos casarnos porque somos ricos; sí, tio, hasta el fin de nuestros dias. ¡Oh! dejadme salir, añadió la jóven viendo que su tio procuraba detenerla, dejadme ir á anunciarle esta buena noticia.

Muy difícil fué á maese Bernard apaciguar la ansiedad de la jóven, que dominada por una alegría sin límites, contemplaba los maravillosos carbones y movia la cabeza con aire pensativo.

—¿Conque decides guardar este tesoro?.... preguntó maese Bernard á Margarita.

¿Y por qué no? le respondió vivamente la jóven, creo no haberlo adquirido á costa de mi conciencia; por el contrario, me parece que el cielo se complace en enviármelo en el momento en que solo el dinero puede otorgarme la mayor de mis felicidades.

—Todo cuanto me dices es muy justo, hija mia, respondió el anciano; comprendo que mis reflexiones te parezcan extrañas; y sin embargo, no puedo menos de pensar que todo esto es obra del diablo..... ¿Crees tú que la temible hora de media noche, hora en que los fieles sepultados en el sueño duermen bajo la proteccion de los santos y de los ángeles, sea el instante elegido por los bienaventurados para amedrentar á los hombres con tales apariciones y hacerles regalos tan extraordinarios?.... ¿No has

experimentado la agonía de la muerte ante los espantosos fantasmas? Y en lugar de un saludo, de una bendicion, cuando inocentemente volvias á la fragua, no te han acogido con horrible rechinamiento de dientes, y amenazándote con una suerte funesta si volvias por la cuarta vez?.... No, Margarita, no son buenos espíritus los que se cubren con los despojos de los muertos para aterrar á los vivos.....

No quisiera ser obstáculo á tu felicidad, pero tenemos ejemplos de que el demonio no dá tesoros si no á costa de duras y fatales condiciones, y que sus riquezas, aun cuando sean considerables, se deshacen en poco tiempo como la nieve á los rayos del sol. Otras veces ofuscan la imaginacion y el sentimiento de los que las poseen hasta el punto de no saber utilizarlas. Te aconsejo, hija mia, que tardes tres dias en decidirte, si en este intervalo el tesoro no ha desaparecido, porque segun he oido decir, con frecuencia, en los cofres en donde se ponen tales riquezas, solo se encuentran moscas y hojas de encina, y si entonces persistes en guardarlo, darémos á la iglesia una tercera parte con el fin de santificar el resto que tú conservarás para las cosas más apremiantes. Entretanto, te recomiendo encarecidamente por tu felicidad y por tu reposo, que guardes el más profundo secreto de esta aventura, no digas nada de él al mismo Jorge..... Esto no haria más que despertar la envidia en los vecinos, dar lugar á mil dificultosas cuestiones y quizás á reflexiones poco ventajosas sobre tu modo de obrar.

Margarita, fuertemente impresionada por los consejos de su tio le prometió seguirlos al pié de la letra.

La partida de Jorge se aplazó con un pretesto plausible.

Al cabo de los tres dias, el tesoro no habia experimentado ningun cambio, y la jóven, acompañada de su tio, fué al convento vecino para hacer que fuera consagrado.

El sacerdote alabó sobremanera su piedad, y como quiera que las brillantes barras de oro no se volvian carbones al pasar por sus manos benditas, maese Bernard creyó á puño cerrado qu el cielo queria la felicidad de los dos amantes.

Desde el dia siguiente maese Bernard fingió que el pesar de su sobrina le habia hecho acceder á sus deseos y que consentia en su casamiento con Jorge, recomendando á los dos amantes la aficion al trabajo, el órden y la economía, los hospedó en su casa y mediante una pequeña retribucion, les cedió lo más exencial de la panadería con el fin de que pudiesen vivir sin tener necesidad de servirse del oro misterioso; porque más de una vez repitió á Margarita:

—Acuérdate que la bendicion del cielo no puede alcanzar á unas riquezas adquiridas de un modo tan extraño y terrible.

Los recien casados prosperaron.

Margarita se creia tan dichosa, que no tardó en olvidar su nocturna aventura, ó al menos no conservó más que el confuso recuerdo que se tiene de una pesadilla.

El tesoro fué cuidadosamente escondido por maese Bernard, y él solo sabía dónde se hallaba: durante mucho tiempo no tuvieron necesidad de hacer uso de él.

Jorge era muy trabajador y activo, su mujer económica y hacendosa, y bien pronto se vieron obligados á dejar la casa de su tio á causa de sus grandes negocios.

Jorge, además de la panadería, emprendió otra especulacion; abastecia todo el pueblo y á sus alrededores de toda clase de mercancías; y sin ambicion, aumentándose al mismo tiempo que sus ganancias, pensó proporcionarse un local más espacioso.

Una bonita casa situada en uno de los puntos más ventajosos se puso en venta; su precio no era muy elevado, pero escedia con mucho al capital de Jorge, quien se vió obligado á renunciar á su adquisicion, así como á los planes que habia formado; Margarita no se conformó tan fácilmente con este obstáculo, tanto habia soñado con la idea de vivir en la casa más linda del pueblo, de verse rodeada de las comodidas domésticas que más de una vez habia envidiado á sus vecinas. Sus pesares, cada dia mayores, le recordaban el inútil tesoro de que era poseedora, y de repente pensó que el instante de utilizarle habia llegado.

Antes de decir nada á su marido consultó con maese Bernard

lo que debia hacer, y le preguntó si el tesoro escondido bastaria para comprar la deseada casa.

El anciano se asustó al oir hablar del tesoro, en el que no pensaba nunca sin experimentar un secreto terror. Más de una vez habia estado decidido á suplicar á su sobrina que lo arrojase al rio, pero el temor de llamar su atencion sobre esta misteriosa riqueza, le habia retraido siempre, y aprovechó aquella circunstancia para comunicar á Margarita todos sus escrúpulos é inquietudes.

—Despréndete de ese dinero, hija mia, cuyo solo pensamiento me hace temblar; ¡acuérdate á qué costa los has adquirido! ¡Que tu trabajo y el de tu marido, y vuestra economía sean toda vuestra riqueza! Son felices ¿qué más quieren?.... Y á estas palabras añadió todos los lamentables cuentos que su memoria pudo recordar, para desviar á Margarita de su intencion.

Estas paternales exhortaciones, y el recuerdo de la terrible noche que habia pasado en la fragua, impresionaron á Margarita; pero la primera impresion no fué duradera; el deseo de gozar de una existencia cómoda, poco á poco la borró de su memoria; en fin, olvidó la promesa que había hecho á su tio, de no revelar á nadie el secreto, y resolvió descubrirlo todo á su marido.

—El sabrá mejor que yo, se dijo, vencer los escrúpulos, ó la obstinacion de mi tio, obligándole á devolvernos el tesoro que nos pertenece.

Jorge oyó á su mujer, al principio con sorpresa, pero despues con descontento.

—¿Por qué, le dijo con mal humor, siendo la primera vez que hablaba de este modo despues de su casamiento; por qué me has ocultado hasta ahora esta extraña aventura, y me la confias cuando la ocasion de utilizarla se ha escapado de entre mis manos? Un mes antes me hubiera hecho el más rico del pueblo; hoy quizás ya no es tiempo..... habría podido hacer provisiones que no he hecho por falta de fondos; y tu indiscrecion me hace perder todo lo que hubiera podido ganar.

Margarita se afligió con extremo al ver de qué manera pagaba

su marido su confianza, y por la primera vez se alteró la paz en el hogar doméstico. Alegó, como escusa, las insinuaciones de su tio, y empleó las más tiernas caricias para desvanecer su mal humor sin poder conseguirlo. Jorge decia que todo lo que maese Bernard la habia aconsejado, no tenía más objeto que el de conservar el tesoro en su poder, pero que él se lo haría devolver; y á estas palabras añadió otras tan ásperas contra el hombre que le habia servido de padre, que Margarita, hondamente herida con la injusticia de su marido, no pudo contener el llanto.

Al dia siguiente Jorge trató á Margarita con más dulzura, y procuró con astucia que su conversacion versara sobre el misterioso tesoro. Le recordó los muchos disgustos que habian sufrido en los primeros meses de su casamiento á causa de su extremada pobreza.

—Con ese dinero que has adquirido á costa de tanta angustia, le decia, nos hubiéramos evitado mil inquietudes, y más de una noche de desvelo: en el dia seríamos ricos, no tendríamos que hacer bajezas con las personas á quienes debemos para obtener que aplacen el cobro de los interes que adeudamos. En fin, Margarita, cuanto más pienso en ese tesoro, más ambiciono poseerlo; no puedo esperar más, quiero que hoy mismo nos lo entregue tu tio.

Al decir estas palabras, entusiasmado con la idea de poseer tantas riquezas, salió decidido á satisfacer sus deseos.

Margarita no se atrevió á seguirle hasta la habitacion de maese Bernard, y esperó con la mayor ansiedad el resultado de la entrevista que iba á verificarse.

Poco despues oyó un gran ruido, y al acudir á informarse de la causa que lo producia, vió á su marido separarse de su tio y salir de la casa.

El anciano temblando de emocion y de dolor, apenas tuvo fuerza para echar en cara á Margarita su indiscrecion. Cuando la hubo referido lo mal que Jorge se habia portado con él.

—Ves desgraciada, le dijo, ¡cómo el cielo no ha bendecido esas fatales riquezas! viviamos tranquilos, dichosos, unidos; y

desde el momento en que has hablado de este funesto tesoro, el demonio de la discordia ha entrado en nuestra casa.

Margarita procuró calmar á su tio, escusándose lo mejor que pudo del mal humor de Jorge, y ocultándole que ya á su vez habia sufrido sus efectos; encareció la necesidad que tenía de buscar un local más espacioso para su comercio, y empleó todos los medios imaginables para interesarle en sus proyectos de fortuna; pero el viejo persistió en sus primeras ideas. No se negó á entregarles el tesoro, pero les anunció que de ninguna manera queria participar de él, que acabaría el resto de sus dias en su modesta casita, y que se consideraria culpable si tomaba la más mínima parte de una riqueza, cuyo orígen era tan sospechoso.

Aquella misma tarde fué dueño Jorge del tesoro, y pasó una parte de la noche contemplando en su mente las barras maravillosas. Despues de haber calculado aproximadamente su valor, vió que desde luego podia comprar la deseada casa, dando una gratificacion al corredor, y que una vez pagada, le quedaría lo suficiente para ejecutar un proyecto que el relato de Margarita le habia inspirado.

Este proyecto era el de comprar la fragua misteriosa; ignoraba sin duda que existian ocultas en las entrañas de su morada las riquezas que Margarita habia descubierto, porque el pobre vivia de su trabajo con bastante estrechez y en más de una ocasion habia puesto en venta su deteriorada casa, conociendo que necesitaba una reparacion, y que carecia de los medios para llevarla á cabo. Por otra parte hacía muy poco tiempo que habia propuesto á Jorge su adquisicion.

A esta compra era á la que Jorge habia aludido al censurar á Margarita la ocultacion de aquel importante secreto; ocultacion que habia retardado durante tanto tiempo su felicidad. Pero entonces que conocia el valor de aquellas ruinas, resolvió poseerlas á toda costa, y se apresuró á hacer proposiciones al herrador, por miedo de que algun otro más afortunado que él se anticipase á adquirirlas.

Al anochecer del mismo dia Jorge se dirigió á una taberna en

donde se reunian los bebedores del pueblo, y á la que acudia con frecuencia el herrador, para olvidar sus penas al lado de un vaso de cerveza.

No bien hubo llegado, cuando le apercibió entre la multitud, se sentó á su lado y entabló conversacion con él, hablándole de la carestía de los víveres, de los apuros del comercio, de los inconvenientes de la profesion de herrador, y de cuando en cuando llenava el vaso de su camarada. Por fin llegaron á ocuparse de la compra de la fragua.

El herrador contento de encontrar un comprador, no disimuló su alegría, y Jorge, para ocultar mejor la suya, apenas le hizo más que algunas observaciones respecto del precio de la fragua.

La taberna se llenaba por momentos, poco despues no había ni mesas, ni bancos desocupados.

En esto un desconocido, que á juzgar por su traje debía ser un hombre de alta importancia, se acercó á la mesa en donde Jorge y el herrador trataban de su negocio. Saludó á este último como si fuese á un antiguo amigo, y le pidió muy politicamente un sitio en donde colocarse con su botella, lo que no le negaron, pareciendo querer mostrarse agradecido á este favor por sus muchos cumplimientos, y su particular cuidado en animar y sostenar la coversacion. Sabía una porcion de chascarrillos y los referia con un tono tan jovial y tan amable, que no tardaron en reunirse en torno suyo cuantos se hallaban en la taberna.

El herrador se mostraba encantado por la deferencia con que le trataba el desconocido, y hasta orgulloso de que se dirigiese á él especialmente cuando hablaba. Jorge, por el contrario, estaba disgustado al ver que el tal charlatan habia interrumpido el trato que tenia ya casi concluido con el herrador, y le miraba de reojo, se reia de los labios á fuera con sus chistes, hacía señas al herrador, y pugnaba por volver á entablar su comenzado diálogo. Tantas señas le hizo, que fijando en él su atencion el desconocido, y por otra parte careciendo de discrecion, se enteró de los deseos de Jorge y encarándose á él, le dijo con una sonrisa muy expresiva.

—¡Hola! ¡hola! jovencito, ya sé que ambicionais más aún poseer el *terreno vírgen* sobre el cuál se levantan esas ruinas que el edificio mismo. ¿Qué tal?.... ¿me equivoco? Si quereis os ayudaré á esplotarle, y bajando misteriosamente la voz, añadió, los dos saldrémos gananciosos.

Jorge, fingiendo no comprender las palabras que el desconocido le dirigia, procuró mudar de conversacion; pero los circunstantes y particularmente el herrador en quien las frases del charlatan habian despertado la curiosidad, quisieron saber qué se entendia por terreno vírgen y cómo esta cualidad podia aumentar el valor de una finca.

—Es verdaderamente maravilloso, señores mios, dijo el desconocido con tono enfático, que los honrados habitantes de este pueblo estén tan poco enterados de los sucesos interesantes de su país, y que en lugar de ser ellos los que debian contarlos al extranjero que como yo los visita, sea este último el que se los refiera. Quizás en este momento os fingís ignorantes á fin de divertiros con un hombre sencillo y de buena fé como yo.... pero de todos modos voy á referiros lo que en el mundo se cuenta de este pueblo, que antiguamente disfrutaba de la categoría de ciudad. Despues reiros si gustais de lo que os digo.—Teniendo de este modo preparado á su auditorio, tosió, escupió, bebió un vaso de vino de un solo trago, y empezó su relato en estos términos.

—Aquellos de vuesas mercedes que hayan leido las crónicas nacionales de Thuringia deben tener conocimiento de las maravillosas aventuras de uno de los más antiguos reyes paganos de este país llamado *Merwig* ó mejor dicho *Meerwichk*. La madre de este príncipe, que era de sangre Real, acostumbraba á bañarse en las olas del mar, y las crónicas nos dicen que tuvo un trato secreto con un mónstruo marino, del que deriva el nombre de este príncipe; que segun unos quiere decir *buey marino* y segun otros *hijo del mar*. Pudiera emplear todo un dia entero contandoos las maravillas de este reinado; pero mi vecino el maestro herrador está más deseoso de saber las que conciernen á su fra-

gua.... Este *Meerwichk* no era pues de raza real más que por parte de su madre, pero poseia inmensas riquezas, y además era tutor del príncipe heredero.

Habiendo este último degradado el trono con su mala conducta, fué privado por la nacion de su categoría y remplazado por *Meerwichk*. Siendo rey *Meerwichk* edificó un gran número de fortalezas en la Thuringia á fin de asegurar su poder, y entre todas habitó una con preferencia, llamada *Meerwichk* y de esta ha conservado el pueblo de Meerwchk su nombre.

En esta fortaleza, situada no lejos de Ezfurt, fué donde depositó un tesoro considerable en oro, perlas y pedrerías que el mónstruo marino habia regalado á su madre el dia de su boda.

Con el tiempo esta fortaleza fué destruida y en su lugar se edificó una capilla dedicada á..... no me acuerdo ahora del nombre del santo.

Debe ser S. Dionisio, dijo uno de los circunstantes.

Es muy posible, respondió el desconocido, hay ciertos nombres que se olvidan muy fácilmente.... Pero volviendo á nuestra historia, os diré que en esta capilla estuvo enterrado el tesoro de *Meerwichk* hasta el año 1100 y tantos, en el que habiéndolo sabido tres hombres de este pueblo resolvieron apoderarse de él.

Los que habeis visto esta capilla, dijo el desconocido, pasando sobre el auditorio una mirada interrogadora ¿no habeis observado en la fachada de este edificio tres cabezas talladas en piedra, y al lado de estas cabezas una herradura, unas tijeras de sastre y un callado?

—Yo mismo las he visto, dijo el herrador; pero nadie ha podido esplicarme lo que estos atributos significan.

—Voy á esplicarlo, continuó diciendo el complaciente desconocido: esas tres cabezas representan á los tres atrevidos, un herrador, un sastre y un pastor, que se apoderaron del tesoro de *Meerwichk*. En memoria de este suceso hicieron grabar sus figuras en lo alto del pórtico, cada uno con el instrumento de su profesion. El pastor con la parte que le tocó del tesoro, compró grandes terrenos, llegó á ser un rico propietario y fundó la ciu-

dad de *Schaafshadt*. El sastre, que era un derrochador, disipó su parte en compañía de algunos jóvenes calaveras como él. En cuanto al herrador volvió á su país natal, enterró el tesoro en su casa y continuó ocupándose en las tareas de su oficio. Siendo la avaricia su única pasion, murió sin haber sacado el menor fruto de sus riquezas, y desde entonces, segun algunos dicen, aunque se halla en el otro mundo, custodia cuidadosamente su tesoro.

Me admiro, añadió el desconocido, terminando su relato y dirigiéndose al herrador, que no hayais observado nada de extraordinario en vuestra antigua fragua, porque siendo vos el único herrador del pueblo y existiendo desde tiempo inmemorial una fragua en vuestra casa, no cabe la menor duda de que debe ser en ella donde se halla una parte del tesoro de Meerwichk.

—Y es verdad!.... ¡qué diantre! pues mirad..... os aseguro que es la primera vez que oigo hablar de semejante tesoro, dijo maravillado el herrador. ¡Oh! si hubiera existido en mi casa un tesoro, cuán útil nos hubiera sido á mi padre y á mí, porque siempre hemos estado pobres!....

—¡Pues bien! hé aquí el instante de haceros millonario, añadió el desconocido.

Entrando entonces en más detalles contó cosas tan sorprendentes acerca del tesoro, describió con tanta exactitud las alhajas de oro, las perlas raras, las ricas pedrerías de que se componia, que alucinado el herrador con la idea de poseer tantas riquezas, resolvió no vender por una suma tan módica sus opulentas esperanzas.

Fuera de sí Jorge, y avivada con el relato del desconocido la sed de oro que le devoraba, olvidó toda clase de consideraciones, descargó su cólera sobre el desventurado charlatatan, que con su narracion le habia quitado de las manos un negocio tan magnífico, se trataron de palabras y acabaron por venir á las manos. Los bebedores terciaron en la lucha, unos en pro y otros en contra, y de esto resultó una horrible contienda que solo pudo apaciguar la autoridad.

El desconocido desapareció sin ser visto, Jorge pagó los des-

trozos ocasionados y fué conducido á la cárcel, de la que no salió sino despues de haber abonado una multa con el dinero que destinaba á la adquisicion de la casa del herrador.

Este no perdió tiempo, al llegar á su tienda, la volvió toda de arriba á abajo, con la esperanza de encontrar las riquezas enterradas por su predecesor.

Empleó muchos dias en esta operacion, pero solo encontró lo que se encuentra en esta clase de escavaciones: piedras y escombros. Sus pesquisas no tuvieron otro resultado que el de inutilizar la fragua, quebrantar los cimientos de su mísera morada y perder todos los parroquianos que tenía.

Arrepintiéndose entonces de no haber cerrado el trato con Jorge y maldiciendo al desconocido charlatan y sus cuentos, resolvió aprovechar la primera ocasion que se le presentase para volver á hablar á Jorge del negocio.

No tardó en realizar sus deseos.

Jorge, á quien su prision y sus desdichas no habian desilusionado en lo más mínimo, se apresuró á ofrecer al herrador, contento de esta ganga, una suma que representaba una buena parte de lo que le quedaba del tesoro, por tener derecho á mirar como suyo aquel monton de ruinas, en cuyas entrañas habia, segun sus creencias, tan inmensas riquezas.

Sin embargo, aunque estaba satisfecho de su adqusicion, no confió á Margarita el proyecto que le habia movido á hacerla, y con el fin de saber su dictámen la refirió en presencia de maese Bernard la historia del tesoro de *Meerwichk* tal cual el desconocido la habia contado. Pero á medida que hablaba, la visible turbacion de su mujer descubria la angustia que le causaba la narracion, y desde entonces resolvió no comunicarla su pensamiento por miedo de que sus observaciones le separasen de él. Hubo un instante en el que pensó renunciar al tesoro; pero maese Bernard, que le habia escuchado con sumo interés, le dijo:

—Estais mal enterado, Jorge; cuando yo era muchacho oí contar esa historia de manera muy distinta. Esos amigos eran tres bandoleros que se apoderaron del tesoro.

Lo lograron, pero como dice el proverbio, *quien mal anda mal acaba*, al siguiente dia los encontraron muertos en sus camas, con el cuello torcido, el rostro negro como un carbon y vuelto hácia la espalda. En cuanto al tesoro, habia desaparecido sin dejar vestigio alguno.

Este relato no dejó de impresionar á Jorge, y mientras que se preguntaba á sí mismo, por qué razon habia contado el desconocido tan distintamente el final de la historia de *Meerwichk*, se acordó de que este charlatan titubeó al pronunciar tal nombre. Esta idea le impuso un secreto terror, y la resolucion que habia tomado de apoderarse del tesoro, le pareció á la vez impía y temeraria. Como aún no habia abonado al herrador la suma convenida, resolvió salir del paso del mejor modo posible y disfrutar en paz lo poco que le quedaba, sin tratar de aumentarlo, más que con su trabajo y su industria.

Este propósito era muy prudente con tal de que pudiera realizarlo; pero el herrador contentísimo con haber vendido su casucha á un precio tan ventajoso, no consintió en romper el trato, y por el contrario obligó á Jorge á que cumpliera la obligacion que con él habia contraido. Al mismo tiempo el que le habia vendido la casa en que habitaba exigió su pago, y no bastando el resto del tesoro de Margarita para cubrir esta deuda, se vió obligado á pedir dinero prestado á un interés elevadísimo para atender á sus muchos compromisos.

Entónces fué cuando el pronóstico de maese Bernard, se cumplió. *El cielo no puede bendecir semejantes riquezas*, y más de una vez le habia dicho: *ese tesoro no os causará más que disgustos*.

En efecto, maese Bernard tenía razon: Jorge era tan activo y tan trabajador como antes; pero sus quehaceres eran diversos, y la ausencia del amo se notaba en más de una de las labores de su casa. Su nuevo establecimiento, situado en la casa más bonita del pueblo, necesitaba dependientes que, hasta entónces, habia podido ahorrarse, adornos en el interior, cuya falta no habian conocido anteriormente los jóvenes esposos: la adquisi-

cion de la fragua maravillosa era, por otra parte, un contínuo manantial de gastos y de inquietudes.

Las paredes de esta casucha, quebrantadas por las escavaciones del herrador, amenazaban ruina, y la autoridad civil ordenó á Jorge que llevase á cabo una costosa reparacion, so pena de ser demolida y confiscada aquella finca que tantos sacrificios le habia impuesto.

Más de una vez, en medio de las comodidades y de los placeres que su nueva morada le proporcionaba, hechó de ménos la humilde casita de maese Bernard, en la que la limpieza era el único adorno y donde reinaba la paz y la alegría.

Frecuentemente deseaba volver á esta vida modesta y apacible; pero ya era tarde. Los acreedores, viéndole emprender tantas cosas al mismo tiempo, temian por el pago de sus créditos, y al vencimiento de sus pagarés no quisieron prorogarlos.

Jorge empleó todos los medios imaginables para tranquilizarlos y obtener nuevos plazos; no pudiendo conseguirlo, se vió obligado á poner en venta la casa que tanto le habia costado adquirir; pero entre todos los que se presentaron á comprarla no hubo ninguno que ofreciese el valor en que estaba hipotecada.

Visto que Jorge no cumplia las obligaciones que habia contraido, sus acreedores le amenazaron con ponerle por justicia, y entónces se vió este desgraciado al borde de un abismo, más pobre que cinco años atrás, cuando por primera vez pensaba dirigirse al extranjero para buscar fortuna.

En aquella época era soltero, se hallaba libre, por consiguiente, de obligaciones, y nada habia oscurecido los risueños colores de la esperanza; pero entónces una mujer en cinta y un hijo de corta edad participaban de su destino, y la presencia de estos séres tan queridos, en vez de inspirarle esas dulces emociones tan naturales en el que lleva los títulos sagrados de esposo y padre, no hacian más que llenar su alma de angustia y de funestos presentimientos.

En los instantes en que veia la intensidad de su desgracia, se apoderaba de él una profunda tristeza, pensaba en la nocturna

aventura de Margarita y en los tesoros que, segun el relato del desconocido, debian estar enterrados en la fragua del herrador, y el deseo de poseer estas riquezas se despertaba entónces en su alma, aumentándose de dia en dia, hasta llegar á ser el más lisonjero de su vida.

Visitaba á menudo los rincones más oscuros de aquellas ruinas, velaba algunas veces hasta más de media noche, y con el oido atento ansiaba oir el menor ruido que le indicase la aparicion de los fantasmas; pero el yunque estaba mudo, los fuelles inmóviles, la fragua inanimada; sólo los silbidos del viento de la noche, que soplaban á través de los cristales rotos y de las grietas, le hacian temblar.

Sin embargo, subyugado por sus quiméricas esperanzas, á pesar del estado de escasez en que se hallaba, resolvió emprender en toda regla las escavaciones. La reparacion de la fragua fué el pretesto que empleó para hacerlas, porque se hubiera avergonzado de confesar sus verdaderos proyectos. Mientras tuvo dinero la obra continuó, pero al faltarle, los obreros, cansados de trabajar sin remuneracion, abandonaron la fragua. Uno sólo quedó, extranjero, dotado de escasa inteligencia, pero muy laborioso.

Una mañana enseñó á Jorge un pedazo de escoria, especie de sustancia pedregosa cristalizada que se halla siempre en la superficie de los metales fundidos. Era fácil comprender que este pedazo de escoria procedia de la misma fragua; pero el crédulo Jorge no titubeó en mirarlo como el anuncio de la proximidad del deseado tesoro; recompensó generosamente al obrero y le prometió un porvenir de los más risueños si continuaba trabajando como hasta entónces. Desde este dia no salió de la fragua, creyendo á cada instante descubrir el tesoro; pero los dias pasaron, el terreno fué reconocido por todas partes hasta una grande profundidad, sin que se encontrase el menor indicio que hiciera sospechar la existencia de ningun tesoro.

El mal estar que desde entónces se apoderó de Jorge no pasó desapercibido para el obrero, quien al fin le dijo con aire misterioso:

—Si vos me lo permitiérais, maestro, os diría lo que pienso.... Estoy seguro de que vuestro proyecto, al emprender estas escavaciones, es otro que el de reconocer los cimientos, me atreveria á deciros que buscais algo.... ¿Un tesoro quizás? Si esto fuera así, el trabajo que hacemos es inútil, porque un tesoro, y sobre todo cuando hace mucho tiempo que se halla enterrado, no se obtiene de esta manera.

Habreis oido decir más de una vez que los metales enterrados en la tierra vuelven á reunirse en su seno, ya sea por efecto de su gravedad, ó más bien por la influencia que sobre ellos ejercen los gramas, porque estos espíritus tienen un gran poder con la plata y el oro: los tesoros son su único bien, y cuando su dueño deja de existir, se apoderan de sus riquezas: así, pues, si vuestro deseo es hallar algun tesoro, cuanto hagais será inútil, si antes no conseguís catequizar á los gramas.... Jorge no quiso al pronto confesar la verdad, se hizo el valiente y habló con desprecio de los que pretenden tener el don de descubrir los manantiales y los filones ocultos por medio de una ramita de avellano.

—Maravilla, añadió, en la que no creo.

—Teneis razon, maestro, replicó el operario con gran sagacidad, son muchos los que engañan y muchos los engañados, y más de una vez, con la esperanza de cojer oro, se desperdicia la plata. Pero dejadme que os pregunte.... ¿qué valor pueden tener para los gramas esas incalculables riquezas, siendo ellos dueños de todos los tesoros de la tierra? Desengañaos, que no son estos los medios de catequizarlos, solo mostrándose afables y confiados puede alcanzarse su amistad para hacer que compartan con uno sus riquezas.

—¿Pero cómo portarse amigablemente con ellos si son séres invisibles? añadió Jorge cuya curiosidad se habia vivamente despertado con la relacion del obrero.

—He oido decir, continuó este con tono de indiferencia, que hay muchos medios de tener una entrevista con estos espíritus. Uno en particular es muy sencillo, sólo exige tiempo y

paciencia, y consiste en poner todas las noches en el sitio donde se supone que está el tesoro una porcion de leche y miel, continuar esta misma operacion hasta que los gramas aparezcan, teniendo además cuidado de poner una porcion doble en la primera noche de todos los años visiestos; y si esto se hace, regularmente, al concluir el cuarto año los gramas se aparecen á aquel que los invoca.

—Sí.... pero doce años, añadió Jorge, es demasiado tiempo..... ¿No hay otro medio más pronto de conseguir su proteccion?

—Vaya si lo hay, respondió el obrero en voz baja y titubeando un poco, pero es un medio al que no todos pueden recurrir.

Hubo un instante de silencio; mas como la mirada de Jorge expresaba la ansiedad que le dominaba, el trabajador continuó:

—Se cuenta que, llevando por la noche al lugar frecuentado por los gramas un niño primerizo menor de siete años, la presencia de este sér inocente los atrae, y como estos espíritus son tambien niños, su mayor placer es jugar con sus semejantes, regalarles oro, perlas y alhajas de crecido valor. Cuando se conoce que los regalos componen ya un tesoro, se retira de improviso al niño, cubriendo los objetos con un pañal que haya pertenecido á la criatura. Este brusco movimiento espanta á los gramas, y huyen sin poder volver á llevarse las preciosidades que han regalado á su jóven favorito; pero es preciso que este movimiento sea instantáneo, porque si los gramas no fuesen sorprendidos, ó si el niño no se hubiera retirado con prontitud podria suceder alguna desgracia.

Jorge escuchó esta relacion con el mayor interés; cegado por el deseo de poseer el tesoro creyó una cosa fácil poner en práctica este último medio, y sin temer lo que pudiera ocurrir, resolvió llevar consigo á su hijo, que entonces tenía cuatro años, para apoderarse del tesoro de *Meerwichk*.

Con la misma atencion oyó otras mil historias tan maravillosas como la de Margarita, historias que acrecentaban su esperanza y

su valor. Tan contento estaba al despedirse del operario, que queriendo darle para echar un trago, registró sus bolsillos, pero no encontró más que una medalla antiquísima que conservaba como una curiosidad y se la dió, sin sentir desprenderse de una cosa que siempre habia conservado con cariño.

Ya era muy tarde cuando Jorge llegó á su casa. Su mujer que aún no se habia acostado, estaba triste é inquieta, y preguntándola qué motivaba su turbacion, le respondió que la idea de verse sola en los momentos en que su adelantado embarazo podria de un instante á otro originar su alumbramiento, la causaba temor.

Aun cuando Margarita le habló con mucha ternura, Jorge no prestó gran atencion á sus palabras, porque estaba preocupado con sus nuevas esperanzas. Preguntó por su hijo, y aunque ya estaba acostado, le tomó varias veces en sus brazos, no pudiendo ocultar que solo repetia este movimiento al parecer cariñoso, para ejercitarse en levantarle con rapidez cuando viera el tesoro de los gramas entre sus manos.

Cuando se incorporó para dejar al niño en el suelo, cayó algo del bolsillo de su chaqueta y rodó por el entarimado, despues de haber producido al caer un ruido sonoro. El niño lo cogió y se lo dió á su padre, quien recibió una gran sorpresa al ver en las manos de su hijo la medalla que pocos momentos antes habia regalado al obrero de la fragua. Este prodigio le causó un secreto temor, y al dia siguiente su turbacion se acrecentó todavía no hallando en la fragua al obrero, que desde aquel dia no volvió á aparecer.

El embarazo de Margarita tocaba á su término, los compromisos de los jóvenes esposos se aumentaban, los acreedores de Jorge, irritados con los largos plazos que pedia para cumplir sus obligaciones, exigieron imperiosamente su dinero y mandó prenderle la justicia. El desgraciado abarcó con una sola mirada lo horrible de su situacion. En medio de la afliccion que le causaban sus tristes reflexiones, un sombrío pensamiento se le ofrecia; tal era el de llevar á cabo el consejo que el obrero de la

fragua le habia indicado; la aparente sencillez de aquel hombre tan en oposicion con el fuego de su mirada, sus sentidos discursos y la misteriosa circunstancia de la medalla, todo se reunia para animar la confianza de Jorge y hacerle creer las historias de aquel sér tan singular á quien no podia caracterizar.

Al hacerse estas reflexiones, sentia erizarse sus cabellos y un frio glacial se apoderaba de sus miembros, pero esta vez el horror lejos de sofocar su esperanza, fué por el contrario, una infernal garantía; de repente se levantó esclamando:

—Sí, ¡hay momentos en la vida en los que es permitido al hombre jugar el todo por el todo!.... Sería preciso mucha insensatez para condenar á mi mujer y á mis hijos á una desgracia eterna, mientras que aventurándome á dar un paso atrevido, quizás peligroso.... Sin embargo.... dijo interrumpiéndose y conmovido á impulsos de una idea repentina, antes de recurrir á este extremo busquemos todavía un medio. ¡Pido un milagro, añadió tomando la pluma, y que el cielo decida lo que más me convenga!.... En seguida escribió á un rico hacendado de las cercanías, persona que desde su casamiento le habia demostrado la más sincera amistad, interesándose muchísimo por su suerte. Le pintó su horrorosa situacion, diciéndole al mismo tiempo que si no acudia pronto á sacarle de apuros, se veria obligado á recurrir á un medio tan extraordinario como peligroso.

Concluida la carta la volvió á leer y esclamó con amargura.

—¡Sí! pido un milagro; ¿cómo un hombre que sólo me apreciaba porque me creia en la opulencia, se acordará de mí en la adversidad?.... ¿Rogarle que salga fiador por mí? Me tomará por un loco.... No importa.

Cerró la carta con mano temblorosa, y la envió con un propio, al cual encargó la más extremada diligencia, y como estaba decidido á llevar á cabo su proyecto si el hacendado no le socorría, se quedó tranquilo, pero su tranquilidad era la de la desesperacion.

El plazo concedido por la ley espiró: al dia siguiente la desventurada familia debia ser espropiada de cuanto poseía.

Llegó la noche y la tristeza se aumentó. Margarita siempre amable y resignada con sus desgracias, consolaba á Jorge; maese Bernad, aunque las locuras de su sobrino le hubiesen hecho perder el fruto que podian haberle producido sus ahorros, le animaba á no desesperarse: porque los dos estaban horrorizados de la escitacion en que se hallaba. En esto llegó el mensajero, Jorge corrió precipitadamente á su encuentro.

¿Qué hay? le preguntó con una voz apenas inteligible.

—No traigo respuesta, dijo el propio. El dueño estaba ausente y.....

—¡Basta! ¡basta!.... esclamó Jorge, ahora ya todo está decidido.

Entró en su casa, tomó á su hijo en sus brazos, le colmó de caricias y pasó tranquilamente el resto de la noche.

Serian las doce cuando un violento golpe dado á la puerta de la calle despertó á Margarita. La criada abrió, y un desconocido, escusándose por su intempestiva visita, manifestó grandes deseos de hablar á Jorge de un negocio importante.

—Decidle que le traigo una buena noticia, añadió el desconocido, temiendo que le negasen por temor de que fuera la justicia la que llamaba á la puerta de su casa.

Margarita no encontrando á su lado á su marido, recorrió toda la casa llamándole á gritos; de repente sus ojos se fijaron en la cama.... y.... estaba vacía!....

El terror la privó del uso de la palabra, pero bien pronto herida por un terrible presentimiento salió medio vestida de su casa y recorrió como una loca las silenciosas calles del pueblo. El desconocido apenas podia seguirla; por fin llegó jadeante á la tenebrosa fragua; una luz rojiza brillaba á través de las quebrantadas paredes y sordos ayes salian de aquellas ruinas.

—¡Dios mio!..... esclamó la infortunada Margarita. En aquel momento el resplandor desapareció con un espantoso ruido y los ayes se aumentaron.

Margarita se precipitó en el interior de la fragua y á la débil claridad de la linterna que llevaba el desconocido, apercibió en

medio de un torbellino de polvo á su marido luchando por salir de entre los escombros, bajo los que se hallaba casi sepultado.

A la vista de este espectáculo, Margarita cayó desmayada en los brazos del desconocido.

Los cimientos quebrantados con las imprudentes escavaciones de Jorge, habian perdido el equilibrio y un lienzo de pared se habia desplomado sepultando bajo sus escombros al padre y al hijo. Jorge respiraba todavía, pero estaba empapado en la sangre de su hijo, á quien habia querido salvar, y al que estrechaba con sus mutilados brazos.

La desgraciada Margarita á quien los agudos dolores del parto, habian hecho recobrar el sentido, se arrastró hácia aquellos tristes objetos de su cariño, y oprimiendo con sus manos la cabeza de su esposo, la cubrió con sus lágrimas y prorumpió en lamentos y dolientes quejas.

—¡Desgraciado! esclamó el desconocido ¿Qué has hecho? Al llegar á mi casa me entregaron tu carta y venia á salvarte.

—¡Piedad! ¡piedad! murmuró Jorge con voz moribunda; la ambicion y la codicia me han perdido!.... Soy el verdugo de mi familia..... y Dios me ha castigado!....

Un prolongado gemido siguió á estas palabras y Jorge dejó de existir.

Mientras el desconocido fué á buscar algun socorro para estos desgraciados, Margarita exhaló el último suspiro al lado de los desfigurados cadáveres de aquellos dos séres, en los que habia cifrado toda su felicidad.

No creais nunca, lectores, en agentes sobrenaturales; cuento son todos los encantamientos; tened por cierto que el mejor tesoro de la tierra es el trabajo.

EL ÁNGEL DE LA CASA.

I.

La mujer del Tintorero.

En el año de 1575, cerca del convento de Santa María d'ell'Orta (Venecia), que en la época á que nos referimos pertenecia á los canónigos de San Ambrosio, habia una casa de mezquina apariencia, cuyo exterior, lleno de líneas rojas, verdes, azules y amarillas, indicaba la morada de un tintorero; y á juzgar por el silencio y la tranquilidad que reinaba en el interior del laboratorio, la persona que le habitaba carecia de los encargos que requiere su oficio, pues las calderas, los cacharros y demás utensilios estaban amontonados en un rincon.

El sol caminaba lentamente hácia el ocaso, y una fresca brisa remplazaba el ardiente calor que el mes de Agosto regala á los mortales; una anciana, apoyada la mano en un báculo de roble, abrió la puerta del jardin para respirar el puro ambiente de la tarde.

El ruido que producen los pasos de un hombre, la hizo volver la cabeza.

—¿Eres tú, Santiago? esclamó.... ¿qué ocurre? paréceme que estás algo apesadumbrado.

—Lo que ocurre es que la noche se acerca, y ya no veo claro, respondió el aludido, haciendo pedazos un pincel que llevaba en la mano.

—Hijo mio, dijo la anciana, ¿qué te importa que llegue la noche?

—Pues no me ha de importar, cuando tenía mi paleta cubierta de colores para principiar á entonar cuanto antes mi cuadro!...

—¡Qué importa! mañana tendrás tiempo de sobra para volver á empezar tu tintura....

—¡Mi tintura! esclamó bruscamente Santiago; madre mia, veo que siempre os teneis como cuando mi padre vivia, por la mujer de un tintorero.... Señora, aquellos tiempos pasaron: sois la madre de un pintor, y ya debeis conocer la diferencia que existe entre la tintura y la pintura!!

—Hombre, no veo que exista tan gran diferencia, puesto que las dos cosas se hacen con los mismos colores, contestó la anciana con mucha calma.

—¡Que no hay diferencia!! replicó Santiago con un movimiento de impaciencia.

—Yo sé lo que me digo, continuó la anciana. Tu padre, mi pobre esposo Robusti, que estará gozando en el cielo el puesto de los hombres honrados y laboriosos, hacía hervir los colores en una caldera, donde solía meter las telas; tú los colocas en la paleta, y los trasladas al lienzo.... pero de un modo ó de otro, no dejan ambos de ser los mismos colores, y no creo que te atrevas á contradecirme, porque estoy harta de saberlo, gracias á Dios, no me faltan motivos para ello, habiendo sido hija, esposa y madre de un tintorero.

—¡Vaya, vaya! doblemos la hoja y hablemos un poco de mis hijos; esclamó Santiago al observar que, para convencer á su madre, era preciso Dios y ayuda.

—Eso es, hablemos de mi querido Dominico y de la hermosa

Marietta, dijo la anciana apoyándose en el brazo de su hijo con un aire de satisfaccion maternal.

—Y á propósito, madre, no podeis imaginaros los adelantos que ha hecho Dominico, mi discípulo y sucesor! Os confieso que al pensar en ello se me dilata el corazon de felicidad, dijo el artista elevando con orgullo su cabeza. ¡Qué pureza, qué correccion de dibujo! ¡qué colorido tan brillante y magnífico! No cabe la menor duda de que Dominico ha tomado por divisa la inscripcion que he grabado en la pared de mi estudio: *El dibujo de Miguel Angel y el colorido del Ticiano.* Dominico heredará tanto mi nombre como mi talento, y en los siglos venideros, Tintoret padre, se confundirá con Tintoret, hijo. ¿Habeis visto su último cuadro, madre mia? ¿el que le encargaron los canónigos de San Ambrosio, y que está destinado á ocupar un puesto en la capilla de Santa María d'ell'Orta?

—Cómo lo habia de ver, cuando hace tiempo que ni á él tampoco le veo.... y cuidado que es cosa rara. Jamás le encuentro en su casa.

—Eso prueba que Dominico no se mueve de su estudio.... ¡Como es tan aplicado! está dicho: Dominico alcanzará la corona de la gloria, debida á su talento y á su aplicacion, tan poco comun en un jóven de veinte años.... ¡Pluguiese á Dios que pudiera decir otro tanto de Marietta! prosiguió el artista exhalando un doloroso suspiro.

—¡Hombre, por la Vírgen Santísima! ¿qué tienes que echarle en cara á mi queridísima Marietta, á una chica tan modesta, tan laboriosa?...

—¡Qué quereis! Yo habia deseado no tener más que dos hijos, y consagrarlos á las artes, para que el uno estudiase la pintura y el otro la música. Dominico me ha obedecido; no tengo motivo alguno para quejarme de él. ¡Pero Marietta! ¡ah! ¡cuánto tiempo hace que no la he oido cantar ni pulsar el bandolin! Y demasiado conoce la ingrata lo mucho que me encanta su dulce voz.

—¡Vamos, Santiago! ten un poco más de paciencia.... yo

hablaré á Marietta y la decidiré, con buenos modos, á que por ningun concepto abandone la música. Lo que te ruego, ante todo, es que moderes un tanto tu génio de vinagre, que no te pongas de mal humor cuando llega la noche, ni cuando el sol penetra por los cristales de la ventana de tu estudio, que no te reveles contra mí cuando te diga que la pintura y la tintura son una misma cosa, ni contra esa pobre Marietta, que es la amabilidad personificada, y que si ahora no canta será quizás porque estará ronca. Y si sigues así, en vez de llamarte, como toda Venecia, el *Tintoret* Santiago Robusti, te daré el nombre con que los miembros de la comunidad de San Roque te han bautizado, *il Furioso*.

—¡Ah! esclamó el artista, cuyo semblante pareció iluminarse con una expresion de alegría. ¿Os acordais de eso, madre mia? No puedo ménos de reirme al considerar la sorpresa que causó á mis rivales mi facilidad y mi talento. La comunidad habia encargado varios cuadros á Pablo Veronés, á Salviati, á Federico Zucchero y á mí, con la intencion de escoger los mejores. Mis cuadros se hallaban ya concluidos y presentados, mientras que los de mis rivales no estaban ni medio bosquejados.... ¡Qué triunfo aquel, madre mia.... qué triunfo!!

—No digo que no, hijo mio; pero ya que tus hijos están ausentes, permiteme que te haga algunas observaciones.

—Os escucho.

—Santiago, ¿me querrás hacer el favor de decirme para qué sirve la pintura?

—¿Qué decís!... la pintura es el arte más bello que existe en el mundo.... ¿Hay cosa más noble, más sagrada en el mundo que el divino arte de Apeles?... Madre mia, baste deciros que los cuadros dan á conocer generalmente el verdadero carácter del que los ha pintado.

—Todo eso será cierto, pero ten en cuenta que con la pintura apenas tenemos lo suficiente para vivir. El oficio de tu difunto padre nos producia cien veces más que tu dichosa pintura.

—¡No dejaba de ser oficio! contestó Santiago; ¡lo que yo pierdo en dinero lo gano en reputacion, en gloria!

—¡Ay, hijo! Con ninguna de esas dos cosas se obtiene el pan nuestro de cada dia.

—Pero madre mia, ¿carecemos de algo?

—No; pero se lo debemos á Marietta, que debe guardar algun secreto. No sé cómo la pobre se las arregla; pero lo cierto es que en sus manos con un ducado tiene para vivir un mes seguido.

—¿Dónde está?

—Ha salido.

—¡Cómo! ha salido precisamente á la hora de cenar; hé ahí otro de mis motivos de disgusto; yo no puedo vigilarla, y por eso os la he confiado.

—Vuestra hija no tiene necesidad de que la vigilen, Santiago; es un ángel, y los ángeles se guardan á sí mismos.

La llegada de un nuevo personaje, que apareció en la graderia del jardin, interrumpió la conversacion de la madre y del hijo, y ambos fueron á su encuentro.

II.

El secreto de una niña.

La recien llegada era una hermosa jóven, cuyo aire simpático y modesto rivalizaba con su belleza. Magníficos cabellos castaños adornaban su redonda cabeza, y en su frente se pintaban la pureza y el candor. Sin embargo, su gracioso semblante carecia de la frescura, propia de la juventud, y la palidez que le cubria indicaba los tormentos de su alma.

Al ver á la anciana y al pintor, un lijero carmin coloreó un instante su pálida figura.

—¡Cómo! esclamó con un acento dulce y armonioso, la cena está ya en la mesa, y ambos estais hablando con santa calma.

¿Acaso no teneis hambre, abuela? ¿Es que el trabajo os quita el apetito, padre mio?....

—Te esperábamos, Marietta, contestó el pintor. Y á propósito ¿de dónde vienes?

—Vengo del palacio Grimaus.

—Marietta, Marietta, replicó Santiago dirigiéndose con su madre y su hija al comedor; ya no eres una niña, las mejores mozas de Venecia envidian tu belleza; ya tienes edad para poder tomar estado, y la condesa Grimaus tiene un hijo de veinte años.

—¡Toma! ¿y qué? preguntó la señora Robusti, sentándose á la mesa; puesto que Marietta está ya en edad de casarse, nada tendría de extraño que el conde Grimaus la diera su mano, y más si ha llegado á conocer las cualidades que adornan á tu hija.

—Ante todo, dijo Santiago, principiando á servir la sopa, debo advertir que yo no soy de esos padres que suelen contrariar la voluntad de sus hijos; Marietta puede casarse con un hombre de humilde condicion, como ella, ó con un príncipe de noble sangre, aunque por mi parte preferiria el primero.

—Pues yo preferiria un príncipe, dijo la anciana.

—¡Qué decís! esclamó el artista, ¿os parece, madre, que no es una felicidad tener un hombre que no se avergüence de llamarme *su padre*, prodigándonos todo el respeto que le merecemos.

—¿Y te parece que no era una verdadera ganga que tu hija perteneciese á un hombre que recompensase sus virtudes con el título de *condesa?* replicó la madre con orgullo.

—Un hombre de humilde condicion haría la felicidad de Marietta.

—Pues á mí se me figura que más dichosa la haria un conde.

—Nadie debe salirse de su esfera, madre mia.

—Tampoco está prohibido remontarse á los cuernos de la luna, si fuese posible.

—Solo con el talento puede el mortal remontarse hasta el cielo.

—Pero, hijo, ¿pretendes á caso convencerme de que el talento ennoblece?

—Por Dios, abuela, dijo Marietta, que hasta entonces habia guardado silencio, ¿cómo es posible que vos, la madre del Tintoretto, dudeis que el trabajo ennoblece?

—Porque estoy convencida de ello..... Y si no, dime..... es noble tu padre? ¿tiene títulos?.... responde.

—Mi padre no tiene títulos de nobleza, pero no obstante tiene la nobleza del talento y del genio, esclamó la hermosa jóven, cuyo semblante tomó una expresion de entusiasmo. Venecia está orgullosa con mi padre, cuyo nombre vivirá grabado en todos los corazones amantes á las artes.

Y decidme, querida abuela, ¿existe algun título, por más noble que sea, que pueda compararse con el título de *el* pintor Tintoret?

El artista, lleno de entusiasmo, miraba á su hija con la expresion del cariño y reconocimiento.

—Ta, ta, ta, dijo la madre de Santiago.... ¿Qué es tu padre? un simple tintorero; como su difunto padre, mi pobre Robusti, á quien Dios tenga en su santa gloria.

—No hablemos de eso, abuela, se apresuró á decir Marietta al ver la cara de pocos amigos que habia puesto su padre.

—Tienes razon, Marietta, hablemos de tu hermano; al salir de mi estudio fuí corriendo al suyo con el objeto de darle algunos consejos sobre el cuadro que piensa hacer, y la casualidad hizo que no le hallase. ¿Sabes acaso dónde está?

—No os inquieteis por eso, dijo Marietta turbada, habrá ido á pasearse con alguno de sus amigos.

—Pero, hija, no encuentro motivo para que te pongas colorada y bajes los ojos... No creas que regañaré por eso á tu hermano Dominico, despues del trabajo, viene la diversion, y es muy justo que se divierta.

—Si yo no me pongo encarnada.... esclamó Marietta, cuya turbacion se aumentaba por momentos.

—¡Colorada! dijo la abuela, al contrario más bien está pálida que otra cosa.

—Es cierto, replicó el pintor, ¿estás mala, hija mia?.... tienes algun pesar? habla. Tú eres mujer honrada y buena hija: esto me tranquiliza.

—¿Dudais de mí, padre mio? preguntó la jóven con inquietud.

—Sí tal, dijo el artista mirando fijamente á su hija; dudo de tí, porque noto que guardas algun secreto que no quieres revelar á tu padre. Tu conducta es inesplicable desde hace algun tiempo, ya no te veo ir y venir por toda la casa, contenta como unas pascuas, ya no vas como otros dias por las mañanitas al jardin, á coger flores y formar ramilletes.... Pues si no estás mala, si no sientes en tu alma ningun remordimiento, ¿por qué te encuentro siempre tan pálida, por qué enflaqueces?....

En este momento sonó un golpe en la puerta de la calle, lo que obligó á Santiago á que cortara el hilo de su discurso, con gran satisfaccion de Marietta, que ya no sabía cómo responder á las preguntas de su padre.

La bella jóven se levantó y corrió á abrir.

III.

El canónigo de San Ambrosio.

A la vista de un hombre que llevaba el traje de los canónigos de San Ambrosio, el Tintoret y su madre se levantaron y saludaron respetuosamente.

En cuanto á Marietta, la presencia del canónigo pareció aterrarla.

—Seais bien venido, padre Ambrosio, dijo la señora Robusti confundiéndose en reverencias, entrad y sentaos.... Pero en qué estás pensando, Marietta?.... trae pronto una silla á su excelencia.

La emocion de Marietta se calmó un tanto, y acercó respetuosamente una silla al canónigo.

—Descansad, padre Ambrosio, esclamó con dulce voz; ¿su excelencia se digna participar de nuestra cena?

—Gracias, querida niña; contestó el padre Ambrosio, cuyo rostro tomó una expresion más cariñosa al hablar á Marietta. Pero sentaos, señora Robusti, continuad vuestra cena, señor Santiago.... Yo he venido....

—A [illegible]te, se adelantó á él diciéndole con un acento lleno de recon-

[illegible]vencion:

—¡Dominico

¿cómo es posible que un jóven como tú?....

—Bueno, bueno, respondió el jóven, vas á decirme que soy un calavera, un borracho, un perezoso, ¿no es cierto?

—Tú eres aún peor que todo eso; tú eres un mal hijo y un mal hermano.

—En cuanto á eso te suplico que cierres la boca, Marietta; llámame como te dé la gana, esceptuando las últimas palabras que has pronunciado. Adoro y respeto á mi padre, así como á tí, hermana mia, porque si tú me faltaras, creo que me tiraba al rio desesperado.

—Pues si me quieres, Dominico, ven conmigo á casa.

—Te obedezco, dijo Dominico, siguiendo á su hermana.

—El padre Ambrosio vino ayer noche á vernos, continuó Marietta... ¡Oh!... si vieras el miedo que experimentaba á su presencia!

—¡Hermana mia! ¡tú tener miedo del padre Ambrosio!

—De él no, pero sí de lo que podia decir.... ¡si tú supieras á los medios que he tenido que recurrir para obligarle á que no diga nada delante de mi padre del dinero que le debes!.... ¡Y ese cuadro que en tu nombre he prometido para mañana! Vas á principiar á trabajar inmediatamente que lleguemos á casa.

—¡Qué estás diciendo! ¿trabajar ahora? ¡pues bonito estoy yo para cojer la paleta cuando me muero de sueño!

—¡Dormir, Dominico! ¿y tú podrás dormir?....

—¡Vaya si podré! ¡pues digo! ahora lo que me conviene es descansar como un bien aventurado.

—Pero hombre, esclamó Marietta, vas á dormir para que quizás esta noche, mañana, tu padre que te cree el mejor de sus hijos y que te cita como un completo modelo de inteligencia y aplicacion, aprenda y vea que ese hijo estudioso, á quien mira como el heredero de su talento y de su gloria, es un vago que no ha cogido un pincel en el término de un año, que ese hijo, tan noble y al mismo tiempo tan modesto, está pidiendo á todos dinero, para gastarlo en las tabernas!

—Pero escúchame, hermana mia; si no duermo, está se-

gura de que caigo enfermo; y creo que tú no querrás ver enfermo á tu querido hermano.

—Bien sabe Dios que no, esclamó Marietta.

—Pues entonces me vas á dejar dormir en cuanto lleguemos á casa.

—¿Pero y el cuadro de Santa María d'ell'Orta?

—La mano que le ha principiado podrá tambien concluirle.

—¿Es decir, Dominico, que tú cuentas con que yo le acabe?

—¡Pues es claro! tienes una perspicacia que asombra.

—Será cierto, pero me es imposible concluir tu cuadro; porque actualmente estoy haciendo el retrato de la condesa Grimaus, la cual me ha pagado algunos ducados por adelantado.

—Has hecho mal en aceptarlos, dijo Dominico.

—¡Toma! contestó Marietta. Tú siempre has aceptado el dinero que te han ofrecido varios sugetos á quienes has retratado.

—Eso es diferente: yo tenía deudas, y era necesario pagarlas.

—Pues yo, Dominico, me acuerdo de mi padre, de mi abuela y de tí, y por eso he procurado siempre ayudar á mi casa y sacarla de la estrecha situacion en que se halla.

—Es verdad, hermana mia: ¡ya veo que tu corazon es de oro!

Hermano y hermana llegaron á la puerta de la casa del antiguo tintorero. Entraron, y vieron con satisfaccion que nadie se habia aún levantado.

Apenas puso Marietta el pié en la primera grada de la escalera que conducia al estudio de su hermano, cuando este la detuvo, diciéndola:

—Adios, hermana mia, voy á acostarme porque no puedo tenerme de sueño y de cansancio.

Y Dominico desapareció cerrando tras sí la puerta del aposento donde solia dormir.

Marietta permaneció algunos momentos indecisa; pero luego se resolvió, y se dirigió al estudio de su hermano, precisamente cuando oyó la voz de su padre que la llamaba.

V.

La leccion de bandolin.

—Marietta, esclamó el pintor, que estaba con la paleta y los pinceles en la mano, delante de uno de sus mejores cuadros, que representaba á Susana en el baño; Marietta, coje el bandolin y entona algunas de esas canciones que tanto me agradan.

A semejante órden, que no admitia ninguna réplica, Marietta se puso pálida y temblorosa.

—Padre mio, esclamó con voz entrecortada, desearía que por hoy me ahorraseis ese trabajo, porque.... porque....

—¿Por qué? dijo el Tintoret con impaciencia.

—Tengo que ir á concluir el retrato de la condesa Grimaus, esclamó la jóven con precipitacion, creyendo haber encontrado un pretesto poderoso.

—¡Qué estás hablando de la condesa Grimaus? replicó el Tintoret sin mirar á su hija: la condesa está ahora en la cama. Vamos, te suplico que cantes alguna cosa, hija mia.

—Es que.... estoy un poco constipada esta mañana, dijo Marietta, casi con las lágrimas en los ojos, al verse precisada á mentir á su padre á quien tanto queria.

—Eso ya es diferente, contestó el crédulo padre.

Marietta respiró, ya se disponia á retirarse, cuando su padre la detuvo diciéndola:

—Ya que no puedes cantar, anda y trae el bandolin para que toques algo.

—Padre, por Dios, esclamó Marietta, armándose de valor: os ruego que desistais de vuestro propósito: ¡no tengo tiempo!

Santiago frunció el ceño.

—¿Es posible, dijo, que antepongas ninguna cosa á la voluntad de tu padre? ¿qué otra ocupacion te llama?.... Sea lo que sea, mi deseo es que te quedes aquí.... á pretesto de que estais delicada y débil, en esta casa no se hace más que vuestro gusto;

se os acaricia, se os mima, y ya es tiempo de que esto concluya. ¿Qué íbais á hacer en vuestro cuarto?.... ¿colocaros delante de algun espejo? ¿alisaros vuestros negros cabellos, poneros un nuevo corsé,? ¿colocaros á la ventana á mirar las góndolas que se valancean sobre el rio?.... Todos los dias se os oye decir:—«Estoy haciendo el retrato de la condesa Grimaus, voy al palacio Grimaus, vengo del palacio Grimaus....» Y á propósito, quisiera ver el retrato de la condesa.... ¡buen mamarracho será!

—Pero, padre, ¡una mujer no puede pintar tan bien como un hombre?

—¡No! doña Impertinente, ¡no!.... ¿acaso estudia una mujer la anatomía? ¿por ventura tiene valor para cojer á un muerto, abrirle, y contar todas sus musculaturas?....

—Pero eso no quita para que haga bien un retrato, observó tímidamente Marietta.

—Callaos, ¡bachillera!... Lo que os digo es, que en esta casa no sois más reina que yo, ni más duquesa que vuestro pobre hermano, el cual, apuesto á que está trabajando en este momento como un verdadero artista.... Conque así, id á buscar vuestro bandolin, y ya que no podeis cantar, tocad; os lo repito, si no quereis que me incomode sériamente.

Ya no habia medio de escusarse de la triste situacion en que Marietta se encontraba, y así tuvo por conveniente cojer el bandolin y sentarse en un taburete colocado detrás de su padre, poniéndose á tocar algunos preludios.

Pero su espíritu estaba en otra parte; su imaginacion pensaba en el cuadro de su hermano, veia al padre Ambrosio colocarse ante su padre, y descubrirle la disipada vida que llevaba Dominico; y caian sus lágrimas, y sus manos que vagaban por las templadas cuerdas del bandolin, no arrancaban más que sonidos vagos, oscuros, desafinados, de suerte que ni una principianta lo hubiera hecho tan mal.

De repente, la pobre niña vió su instrumento saltar en mil pedazos, y una mano fuerte y vigorosa la agarró precipitadamente, la sacó del estudio, la condujo hasta su cuarto, la arro-

jó sobre un mueble y desapareció. Marietta oyó que cerraron la puerta con llave.

Ni una sola palabra medió entre el padre y la hija durante esta escena.

En seguida oyó la voz de Santiago que la gritó:

—No saldrás de ahí hasta que hayan trascurrido ocho dias.

Entonces fué cuando la pobre niña comprendió su desgracia, y rompió en amargo llanto.

VI.

Una carta importante.

Santiago Robusti volvió á su estudio para continuar su obra. Al principio, apenas podia tener el pincel: la mano que habia castigado á su hija estaba aún trémula; pero poco á poco, el pintor se tranquilizó, y cuando su madre entró á verle, habia ya olvidado el motivo de su pasada cólera.

—Aquí tienes una carta que un correo, donde iban varios hombres con muchos galones, ha traido para tí; dijo la señora Robusti colocando en el borde del caballete de su hijo un papel cuidadosamente plegado; pero viendo que su hijo no la contestaba, ni tan siquiera miraba la carta, continuó:

—¿Quiéres que llame á Marietta para que te la lea?

— ¡Marietta! repitió el pintor al oir semejante nombre; madre, os suplico que dejeis en paz á Marietta.

—Vaya un ceño que pones al decir eso: cualquiera diria que ha cometido algun delito esa tierna niña, esa dulce criatura....

—Pues ahí donde la veis, esa dulce criatura, que parece una mosquita muerta, es una caprichosa, una impertinente á quien he encerrado en su cuarto, no consintiendo que se presente ante mi vista, cuando menos durante de ocho dias.

—¡La has encerrado!... gritó la anciana, sin poder creer lo que acababa de oir.... ¡has encerrado.... á Marietta!

—Sí, señora.

La anciana oyó estas palabras, como alguno que sueña despierto.

—Santiago, esclamó, no te pregunto qué motivo ha dado Marietta para merecer tu castigo; pero sea cual fuere, estoy segura de que la perdonarás, porque tu alma es noble y bondadosa.

Santiago, procurando no oir á su madre, cuyas palabras le llegaban al corazon, abrió la carta y miró la firma.

—Es de Felipe II, rey de España, dijo; habla de un retrato hecho por mi hija; pero debe haber sufrido una equivocacion: ese retrato ha sido pintado por Dominico, sin duda alguna.... ¡Ah! qué felicidad!... escuchad, madre mia; el rey llama al autor del retrato á su córte, para que le haga el suyo.... ¡qué honor!.... Madre, llamad inmediatamente á Dominico... ¡Dominico! ¡Dominico!... El pobre mozo debe estar encerrado en su estudio, tan absorvido en su composicion, que no me oye... ¡Dominico! ¡Dominico!

La puerta del estudio se abrió en este momento, y la anciana, que iba á salir, se encontró frente á frente con el padre Ambrosio.

VII.

Todavía el padre Ambrosio.

—Dispensadme, señores, dijo el canónigo al entrar: me he equivocado de estudio.

—No importa, entrad y sentaos, esclamó el pintor; deseais hablar con Dominico ¿no es cierto?... justamente, mi madre iba á llamarle en este instante, porque yo tambien tengo algo que decirle.

La tintorera acercó una silla al padre Ambrosio, y cuando este se hubo sentado, se retiró.

—¡Qué cuadro tan hermoso! dijo el canónigo examinando con curiosa detencion la obra del Tintoret.... esos pájaros y conejos

están estudiados y hechos con mucho acierto y esmero, y ese ropaje que se desliza de los brazos de la Susana, es admirable.

—Pues yo no soy de esa opinion, dijo la anciana tintorera, que volvió á entrar.... me parece que ese ropaje que tanto os agrada, no está bien.

—¿Y qué defectos le encontrais? esclamó el pintor sonriéndose.

—Yo creo que está muy súcio.... y no te rias, Santiago, porque es la pura verdad; soy perita en la materia; como que toda mi vida me he criado entre los más célebres tintoreros de Venecia.... mira, apuesto cualquier cosa á que si tu bella Susana hace lavar su ropaje, introduciéndole en el agua, los paños serian más brillantes de lo que son.

—Pero, señora mia, dijo el padre Ambrosio, ¿qué tienen que ver los tintoreros con los pintores?

—Aquí tenemos otro que no quiere persuadirse de que entre la tintura y la pintura, maldita la diferencia que existe, puesto que para ambas cosas se necesitan los mismos colores.

—¿Y Dominico? preguntó Santiago, á quien no agradaba el giro que iba tomando la conversacion.

—Aquí está, dijo el padre Ambrosio, en el momento en que el jóven abrió la puerta del estudio.

Fácil era de adivinar, al ver sus hinchados ojos y su soñolienta figura, que el pobre mozo habia estado reposando tranquilamente en brazos de Morfeo: la severa mirada del padre Ambrosio le despertó completamente, y se adelantó á él como un delincuente que va á oir la decision del juez.

—He venido á saber si habeis concluido ya el cuadro que os encargué, dijo el canónigo, y permitidme os diga, que en esta ocasion no os habeis portado como hombre de palabra, pues quedamos convenidos en que vuestro cuadro estaria en mi poder la víspera de la fiesta de la vírgen María, que ya hace cinco dias que ha pasado.

—Padre, os aseguro.... os aseguro.... balbuceó Dominico.

—Que lo prometido es deuda, replicó el padre Ambrosio con

dureza; y de consiguiente, sabed que os devuelvo vuestra palabra: guardaos el cuadro y devolvedme el dinero que os anticipé.

—¿Qué dinero?... interrumpió Santiago con asombro.

—Sabed que pagué á vuestro hijo el importe de su cuadro hace mucho tiempo.

—¡Dominico! gritó el Tintoret, ¿no tienes vergüenza de cobrar adelantado el dinero de las obras que te encargan? Eso es indigno de tí y de todo hombre de talento.

—Pero es digno del hombre que quiere á su familia, dijo la tintorera, y ahora veo que el dinero que Marietta nos entregaba, era de órden de Dominico.

Este inclinó la cabeza sin contestar.

—Ante todo, esclamó Santiago, algo tranquilizado por la observacion de su madre, os suplico, padre Ambrosio, que perdoneis á mi hijo, en consideracion á la carta que le escribe el rey de España, D. Felipe II. Toma, y lee, Dominico, porque para esto te he hecho llamar.

Dominico tomó la carta que su padre le presentó, y apenas hubo leido su contenido, esclamó:

—No es para mí, padre; es para Marietta.

—Es un error, hijo mio, es un error.... esa carta trata de un magnífico retrato de un grande de España, pintado por tu hermana, y Marietta no puede haberlo hecho, puesto que en su vida las ha visto más gordas. Ante todo, debo advertirte, que es una perezosa, una nécia, á quien yo tenía por muy hábil en la música; pero pronto me he convencido de que no sabe una nota.

—¡Quién!... ¿mi hermana?...

—Sí, tu hermana; no hace mucho que la he rogado que entonase algunas canciones que me sirviesen de recreo y de sastifaccion. Pero la *ilustre señora*, incomodada sin duda por haberla llamado tan temprano, se obstinaba en marcharse; no puedes imaginarte las impertinentes escusas que me ha dado, con el objeto de salirse con la suya. Por último, obligada por mí

á tocar el bandolin, se puso á llorar como una Magdalena.

—¡Pobre Marietta! dijo Dominico enternecido.

—Pues la pobre Marietta está encerrada con llave en su cuarto, y he hecho propósito de no dejarla salir en ocho dias, esclamó Santiago con la mayor tranquilidad.

—Encerrada mi hermana! gritó Dominico fuera de sí.... ¿y vos la habeis regañado... la habeis castigado, sin considerar que era por mí, por reparar el tiempo que pierdo, por quien la pobre se levanta al amanecer, y se dedica á hacer retratos para proporcionar á su familia los recursos de que carece? No tengais duda, padre mio, la carta del rey es para Marietta.

—¡Hija mia! ¡hija mia! dijo el pintor con enternecimiento... perdóname si te he dado un castigo que no mereces.... vamos inmediatamente á consolarla. ¡Pobre Marietta!... Permitidme, padre Ambrosio, continuó Santiago, pasando delante del canónigo y se lanzó fuera del estudio.

Todos le siguieron.

¡Pero cuál fué la sorpresa de cada uno, cuando, al acercarse al cuarto de Marietta, encontraron la puerta abierta de par en par!

Enseguida penetraron en el cuarto, y lo hallaron desierto: Marietta habia desaparecido.

VIII.

Conclusion.

—¡Dios mio! esclamó la pobre anciana derramando lágrimas de angustia.... ¿Dónde está mi hermosa Marietta?

De pronto Dominico se dió una palmada en la frente.

—Ya sé donde se halla.

Y echó á correr hácia su estudio, cuya puerta estaba cerrada. Dominico miró por la cerradura, y haciendo á todos señas para que guardasen silencio, dijo con alegría:

—Ahí está.

Entónces Santiago remplazó á su hijo, y miró tambien por la puerta, diciendo con orgullo de padre y de artista:

—¡Mi hija con un pincel en la mano! ¡Oh! ¡gracias, Dios mio!

Y enseguida abrió la puerta del estudio, y penetró en él.

Al ver á su padre, y á todos los que le seguian, Marietta se levantó aterrada, y fué á caer de hinojos ante Santiago, esclamando:

—Perdon, perdon.

—¡Hija de mi alma! dijo el pintor abrazando á Marietta; yo soy quien debo de pedirte perdon, yo, que no he conocido hasta ahora la bondad y nobleza de tu corazon.

Luego, dirigió una mirada por el cuadro en que habia trabajado Marietta.

—¡Qué colorido! ¡qué tonos!... ¿Quién ha pintado este cuadro?...

—Mi hermano.

—Mi hermana, gritaron á un tiempo Dominico y Marietta.

—Tú eres la que has dado esa divina espresion á la Vígen, hermana mia.

—Tú eres el que has dibujado esta cabeza, hermano mio.

—Tú has pintado los ángeles, Marietta.

—Pero tú los bosquejaste, Dominico.

—¡Ah! no quiero que los castigos que yo merezco, recaigan sobre tí, dijo Dominico estrechando entre las suyas la mano de su hermana.... tu grandeza de alma me ha impresionado, y juro ante Dios que desde hoy me haré digno del amor de mi familia.

—¡Dios os bendiga, hijos mios! esclamó el padre Ambrosio enjugando una lágrima que se deslizaba por su demacrado semblante.

—Eres una verdadera artista, dijo Santiago sin poder apartar los ojos del cuadro.

—Es aún más que artista, replicó la anciana, llorando de felicidad, es buena hija, y buena hermana.

Marietta se dedicó á la pintura é hizo tan rápidos progresos, que sus cuadros eran puestos al nivel de los del Ticiano.

HISTORIA

DE BALDOMERO DAAC Y DE SUS HIJAS,

CONTADA POR EL VIENTO.

Cuando el viento despliega sus alas por la pradera, la yerba agitada se extremece, plegándose como una tela. Cuando pasa sobre los trigos, las espigas ondean y chocan entre sí con murmullos parecidos á los del mar; tales son los juegos en que se entretiene el viento.... ¡Pero sobre todo, es digno de oirle cuando narra! Tiene entonces una entonacion singular, animada, mágica, y que murmura en los árboles de la selva de distinto modo que cuando silba en las aberturas de las ventanas y las grietas de las paredes.

¿Veis al viento en las altas regiones, echando delante de sí las nubes como un rebaño de carneros?

¿Le oís roncar á vuestro lado por la puerta entornada, como el cuerno tocado por el pastor? ¡Qué acentos tan raros pronuncia cuando se arremolina en la chimenea! El fuego flamea en el hogar y lanza chispas, proyectando su luz en los ángulos de la es-

tancia. En estos momentos es muy agradable estar sentado en el hogar, escuchando en silencio la voz del viento.

Dejadle hablar: él solo sabe más aventuras y más historias que todos nosotros. Escuchad; héle que comienza su narracion:

—¡Hui-hu-utch! toma tu vuelo; ese es el estrivillo de su cancion.

Cerca del Gran-Belt, se halla situada una antigua casa cercada de gruesas murallas rojas; conozco hasta la menor de sus piedras, porque la ví en los tiempos en que formaba parte del castillo de Marsk-Stig, en la punta de la isla. Pero debian caer para emplearse muy pronto en levantar otra pared de una casa nueva, la casa de Borreby que permanece aún en pié.

He visto y conocido á los señores y las damas nobles, que sucesivamente residieron en ella. Voy á contaros la historia de Baldomero Daac.

Era aquel un señor que podia llevar muy alta la cabeza, porque descendia de sangre real, y sabía algo más que arrinconar un ciervo y vaciar una copa.—Yo llegaré á conseguir mi objeto; decia muchas veces con aire misterioso.

Su mujer, ataviada con brocado de oro, fijaba con orgullo su planta sobre el brillante entarimado de su morada, profusamente adornada de magníficos tapices y de muebles tallados, adquiridos á precios fabulosos. Los aparadores cargados de riquísimas bajillas de oro y plata, deslumbraban la vista. La bodega estaba llena de vinos de Francia y cerveza de Alemania. Caballos de raza y de pelo negro como el ébano, piafaban y relinchaban en una espaciosa caballeriza, limpia como la cocina de una ama de casa holandesa.

Por último, nada se veia en aquella época, que pudiera compararse en opulencia con la casa de Borreby.

Tambien se encontraban allí algunos niños, y tres jóvenes dotadas de una belleza delicada, cuyos nombres no he olvidado: se llamaban Yeda, Juana y Ana Dorotea.

Eran, en verdad, señoritas de la más alta alcurnia, añadió el viento. —¡Hui! ¡Hu! utch, toma tu vuelo! y prosiguió:

Yo no veia en aquella morada, como en las demás casas antiguas, á la noble dueña sentada en el vasto salon en medio de sus sirvientas y ocupada en hilar. La esposa de Baldomero Daac, pulsaba el laud y cantaba, no las antiguas canciones de Dinamarca, sino estrofas escritas en lengua extranjera. Las fiestas y recepciones se sucedian sin intermision, y los convidados acudian de los puntos más remotos. Resonaban sin descanso en el castillo, el choque de las copas y el ruido de los instrumentos músicos, de tal manera, que en algunos intervalos, apenas llegaba á dominar mi voz su descomunal algaravía.

Era una noche del mes de mayo; volvia de las regiones del Oeste, donde habia visto estrellarse los navíos contra las costas de la Jutlandia. Habia atravesado los páramos y las playas frondosas de la Fionía, y me habia paseado silbando y ahullando cerca del Gran-Belt. Me retiraba á descansar en la costa del Seclaud, cuyas selvas encerraban aún en esta época un gran número de encinas gigantescas.

Los mozos se habian dirigido allí para recojer las ramas secas, y volvieron en seguida á la ciudad, donde prepararon una hoguera, en rededor de la cual, comenzaron á cantar y bailar con las mozas.

Yo soplé suavemente una rama, puesta sobre la hoguera por el mozo más gentil de la reunion, é hice que su llama se elevase por encima de todas las de sus compañeros. Por este medio, llegó á ser elegido corifeo de la banda, condecorado con el pomposo título de gallo de la aldea, y por consiguiente obtuvo el privilegio de escojer entre todas las mozas la que le agradaba más, y llamarla su corderilla.

Estoy seguro que gozaban y se divertian más que en la opulenta y rica casa de Borreby.

Una dorada carroza tirada por seis caballos, conducia á su morada á la noble castellana y sus tres hijas, tres flores tiernas y de sin par belleza: la rosa, el lírio y el pálido jacinto. La madre, en medio de ellas, parecia un tulipan abigarrado. Al atravesar la ronda de los aldeanos, ni siquiera una vez se dignó corresponder á sus respetuosos saludos y corteses reverencias. Diríase que temia romper su tallo.

—¿A quién pertenecerán la rosa, el lírio y el pálido jacinto? decia entre mí: quiénes serán los elegidos á quienes esté reservada la dicha de llamarlas sus corderillas? Sin duda, serán gallos de elevada estirpe, orgullosos y valientes caballeros, ó quién sabe, tal vez príncipes.

—¡Hui! Hu-out-outch, toma tu vuelo!

La carroza desapareció, y los aldeanos volvieron á formar corro. Era la venida del Estío la que celebraban con tanta alegría y contento.

Pero por la noche, cuando me levanté, añade el viento, la noble dama se acostó para no volverse á levantar. La muerte la sorprendió de improviso, como sucede con demasiada frecuencia.

Baldomero Daac permaneció en pié á su lado algunos momentos, sumido en triste y pavoroso silencio. Era un árbol robusto que se puede doblar pero no romper. Sus tres hijas lloraban y sollozaban, y toda la casa estaba llena de luto; pero el alma de la dama Daac habia tomado su vuelo.—Y yo, por mi parte, tomo el mio.—¡Hui, utch, outch!

Trascurrido algun tiempo, al pasar por la Fionía y el Gran-Belt, volví con ánimo de descansar en la ribera de Borreby, al lado del magnífico bosque de encinas. Allí habian construido sus nidos el águila marina, la paloma silvestre, el cuervo y hasta la cigüeña. Era el principio del año: entre las aves, unas cubrian sus huevos, otras tenian ya sus polluelos.

De pronto, todas juntas se lanzaron en alas del viento, arre-

molinándose y lanzando gritos lastimeros que resonaban en la enmarañada selva. Todos los árboles, todas aquellas hermosas encinas que yo amaba tanto, iban á ser derribadas; porque Baldomero Daac, habia proyectado construir un buque magnífico, un navío de guerra de tres puentes, que sin duda, queria adquirir el rey. Por esto se echaban á tierra los atalayas del navegante y las moradas de los pájaros.

En medio del bosque y á la vista de los trabajadores, estaban Baldomero Daac y sus tres hijas, que reian á carcajadas de las desordenadas evoluciones y desgarradores gritos de las aves, de cuya desesperacion parecia que se burlaban las cornejas y picazas.

Sin embargo, Ana Dorotea, la más jóven de las tres, tomó la defensa de un árbol de ramas deshojadas, en el que la cigüeña habia construido su nido. Al ver los polluelos que asomaban la cabeza y miraban con espanto al suelo, se compadeció hasta el punto de derramar lágrimas, y pidió perdon para el árbol, y el árbol quedó en pié con el nido de la cigüeña. El sacrificio no era grande.

Se derribaban, serraban y pulian á porfia los árboles, y el navío de tres puentes no tardaria en terminarse. El constructor era un jóven de humilde cuna, pero de elevada inteligencia; su frente y sus ojos atestiguaban sus brillantes facultades, y Baldomero y sus hijas se complacian en oirle hablar, así, que construyendo un navío para el señor de Borreby, edificaba para sí mismo castillos en el aire, castillos en los cuales se veia sentado al lado de la interesante Yeda convertida en su esposa. En efecto, su sueño se hubiera tal vez realizado, si los castillos hubieran sido de piedra, rodeados de fuertes muros, fosos y puentes levadizos y poseedores de vastos dominios. Pero con todos sus atrevimientos, nuestro constructor no era un mágico, y no le es dado al gorrion bailar con las grullas.

—¡Hui-hu-utch! emprendí mi vuelo, y el pobre jóven hizo otro tanto. Era el único partido que podia tomar.

Los caballos de piel de ébano piafaban en la caballeriza, y entre ellos, dos eran los que más llamaban la tencion por su gallardía. El almirante, comisionado por el rey para examinar el navío y adquirirle, no se cansaba de mirar estos dos soberbios animales.

Yo mismo fuí testigo de la admiracion que le causaban; porque seguí á los dos señores á la caballeriza, esparciendo bajo sus piés las pajitas rubias como barritas de oro. El almirante hubiera querido que los caballos entraran tambien en la venta del navío; pero como Baldomero Daac no quiso de ningun modo consentir en ello, nada le compró. El navío permaneció en la playa, cubierto de tablas, como el arca de Noé, sin verse nunca botado al agua.

—¡Hui-hu-utch, tomo tu vuelo!—Era desconsolador en verdad!....

Llegó el invierno, los campos se cubrieron de nieve, y el Belt se llenó de hielos flotantes que yo empujaba á las orillas. Los cuervos y las cornejas, á cual más negros, llegaron en tropel y se posaron sobre la solitaria embarcacion. Sus graznidos resonaban por los ámbitos del bosque, cuyos árboles habian sido derribados, echando los pájaros, destruyendo sus nidos; todo por el placer de levantar aquella gigantesca máquina, que nunca debia animarse al contacto de las olas.

Yo lanzaba la nieve en torbellinos sobre el navío: elevaba montones de nieve á su alrededor, y hacía resonar al mismo tiempo en sus costados mi imponente voz de tormenta, y le daba así conocimientos náuticos.—¡Hui-hu-utch, toma tu vuelo!

Y pasó el invierno. Invierno y Estío pasan lo mismo que yo, que llevo en mis alas la nieve, las flores y las hojas, como llevo tambien los hombres.

Pero las hijas del rico Baldomero eran jóvenes aún: Yeda era siempre una rosa encantadora, como cuando el jóven constructor de buques la adoraba en secreto.

Muchas veces he levantado su negra cabellera, cuando reclinada en un manzano del jardin, miraba con ademan pensativo

la postura del sol y el purpurino horizonte, sin ocuparse de las florecillas con que me entretenia en sembrar su cabeza.

Su hermana Juana era blanca y derecha como un lirio y levantaba con orgullo su cabeza. Como su madre se parecia á una pomposa flor sostenida por un tallo demasiado fragil. La gustaba permanecer horas enteras en el salon, cuyas paredes estaban tapizadas por los retratos de su familia: representaban mujeres vestidas de terciopelo y seda llevando sobre sus cabellos trenzados una toca adornada de perlas, y á su lado, sus esposos con armaduras de acero adamasquinado ó bien un manto de armiño con una gola de encages. Juana al contemplar todas aquellas imágenes, pensaba en el feliz mortal que encontrase un dia colocado del mismo modo junto á sí. Hasta hablaba muchas veces en voz baja, cuando se encontraba sola. Yo la he oido más de una vez al rodar por el largo corredor al cual daba la puerta del salon. —¡Houi-hu-otctch, toma tu vuelo!....

En cuanto á Ana Dorotea, el pálido jacinto, aun no tenía quince años; su talante era tierno y reflexivo. Una sonrisa infantil vagaba siempre en sus labios.

Muchas veces la he encontrado en el jardin, en los senderos del valle ó en los campos recogiendo en todas partes flores y plantas aromáticas, pues sabía que á su padre le gustaba destilar sus jugos, porque Baldomero, aunque frio y orgulloso, era instruido é inteligente. Hasta llegó á circular el rumor de que se entregaba á la práctica de las ciencias ocultas. Casi de contínuo se veian salir por la chimenea del cuarto donde trabajaba humo y chispas, y nunca permitió que penetrase nadie con él en el misterioso recinto ni hablaba con persona alguna de lo que hacía. Pero yo sabía muy bien lo que era; sabía que Baldomero se habia figurado que dirigiendo el trabajo de la naturaleza, la forzaria á entregarle su secreto más codiciado, el secreto de hacer oro. Repetidas veces le he visto encorvado sobre sus hornillos, absorto en la prosecucion de la grande obra. Yo me introducia en el cuarto por el cañon de la chimenea y venía á cantar hasta el mismo hogar: ¡Basta; basta! todo eso no producirá más que vapor, humo,

carbones y ceniza. Concluirá por quemarte á tí mismo.—¡Houihu-tuch, toma tu vuelo!

Pero Baldomero Daac no escuchó mi voz.

¿Qué fué de los magníficos caballos negros? ¿qué de la vajilla de oro y la plata? ¿que del trigo, los campos, las selvas y las casas? Todo se fundió en el crisol sin dejar en él la menor partícula de oro.

Las granjas, los graneros y las bodegas no tardaron en verse vacíos. El número de servidores disminuyó, mientras que aumentaba el de los ratones. Los vidrios se rompian unos tras otros sin verse remplazados y yo no necesitaba esperar á que me abriesen las puertas. Podia circular libremente por las salas desamuebladas del castillo, y para animar aquella soledad no quedó nadie más que yo con los ratones y las ratas.

En medio de tanta desolacion de los montones de ceniza acumulados por él, el señor Baldomero guardaba un obstinado silencio y no se abatía su orgullosa frente.

Los pesares y las noches de insomnio habian blanqueado sus cabellos; su cútis se habia vuelto amarillo y rugoso; únicamente brillaban sus ojos con ese resplandor siniestro que enciende la sed inestinguible de oro. En vano soplé en sus ojos el humo y la ceniza de sus hornillos; nada era capaz de hacerle abandonar sus vanas experiencias. En lugar de oro llegaron las deudas. Mientras él disputaba con sus acreedores, penetraba yo sin ruido hasta el retiro de las jóvenes. ¡Ay! ya no poseian más que vestidos deslucidos y rotos, y no les quedaba ni siquiera una de sus numerosas sirvientas.—¡Gran Dios! decia á su oido, ¡que desnudez! ¡qué abandono¡ ¡qué miseria! Llorad, niñas, llorad para que vuestro padre vea vuestros ojos enrojecidos y vuestras mejillas pálidas, y se compadezca al fin de vosotras.

Ciertamente que no se habia cantado semejante cancion alrededor de su cuna. Cesaron todos los cumplimientos y adulaciones de que se habian visto rodeadas, sin que las quedase una voz amiga para compadecerlas, más que la mia.

Hacía un frio terrible, pero los árboles del bosque habian

sido derribados y no tenian madera para calentarse. En cuanto á mí, no abandonaba la casa; iba y venía sin cesar por las salas y corredores, ahullando y silbando, haciendo estallar los entarimados y las vigas. Las jóvenes y su noble padre se ocultaban en sus lechos para no oir mis ruidos y reprensiones.

¡Nada que comer ni que quemar; buena vida para un señor! —¡Houi-hu-utch! basta, basta ya....

Pero Baldomero Daac no tenía aún bastante.

Despues del invierno, la primavera, decia; tras de la miseria la abundancia; sin embargo, se necesita paciencia, mucha paciencia, la casa debe venderse por Pascuas, trabajemos, pues, asíduamente, para que el oro llegue en tiempo oportuno.

Al contemplar á la araña ocupada casi siempre en tejer su tela, esclamaba: —Intrépida hiladora, tú me enseñas la perseverancia: en lugar de desalentarte cuando tu tela se desgarra, comienzas siempre con nuevos sacrificios, y así debe obrarse para conseguir el fin á que se aspira.

El dia de Pascuas llegó. Las campanas ensordecian los aires con sus sonidos metálicos. Un calor suave y benéfico se desprendia de los rayos del sol.

Baldomero Daac, presa de una fiebre devoradora, habia pasado la noche ocupado en calentar y destilar sus preparaciones, y en dejar que se enfriasen los resíduos para mezclarlos y destilarlos de nuevo. Se le oia tan pronto suspirar, tan pronto orar con ardor; se veia contraerse su semblante, como si tratara de retener el aliento.

La lámpara se habia extinguido sin que lo advirtiese siquiera, y yo me puse á soplar los carbones. Una luz extraña iluminó sus facciones descompuestas y su cráneo, semejante á una calavera. Sus ojos parecian sepultados bajo sus cejas; de repente, se aumentaron desmesuradamente, como si hubieran querido escaparse de su órbita.

—Veis, esclamó con voz ronca y temblorosa, ¡es él! ¡es el embrion milagroso, la piedra filosofal!.... ¡Mirad cómo brilla!

¡sentís su peso! ¡Oro! ¡oro! continuó dando traspiés como herido de un vértigo.

Hubiera podido derribarlo de un soplo; pero preferia dejar su locura que llegara hasta el fin. Le seguí por el corredor hasta la habitacion donde tiritaban de frio sus hijas. Todo cubierto de cenizas, esclamó, elevando en el aire su tesoro, que brillaba á los rayos del sol naciente: «¡Victoria! ¡he encontrado, he ganado oro! ¡oro!» Pero su mano temblaba tanto, que dejó caer el crisol de vidrio y se rompió en mil pedazos.

Su suprema esperanza se desvanecia como una bola de jabon.

—¡Hui-uh-utch, toma tu vuelo! esclamé, y dejé la mansion del alquimista.

Á fines del año, cuando la niebla cubria las ramas denudas de brillantes perlas, me lancé de nuevo, limpié el cielo y rompí las ramas podridas, tarea fácil, pero que hay que volver á empezar á cada momento.

En la casa de Borreby, en casa de Baldomero Daac, ocupábanse tambien en limpiar, pero de distinto modo. Ove Ramel de Basnas habia comprado los créditos sobre los inmuebles y los muebles: y se presentaba á realizarlos. Yo penetraba en la casa, haciendo un ruido espantoso.

—¡Hui-hu-outch! se me habia puesto en la cabeza quitar al hombre el deseo de permanecer allí.

Yeda y Ana lloraban á lágrima viva; Juana se mordia las manos hasta hacerse sangre; ¿pero de qué podia servirles? Sin embargo, Ove Ramel ofreció al señor despojado, dejarle la casa durante su vida; pero este ofrecimiento fué rechazado con dignidad. Ví al hombre tan rico y tan poderoso en otro tiempo, dejar su casa con el morral á la espalda, y un palo en la mano, acompañado de sus tres hijas. Habia reunido y llevado consigo la retorta rota y las partículas de materia alquímica esparcidas por el suelo.

Soplé sobre sus mejillas abrasadas para refrescarlas, y acaricié sus cabellos y barba blancas, sin dejar de cantar:—¡Hui-hu-utch, toma tu vuelo!

¿Qué se hicieron todas aquellas magnificencias?

Yeda y Ana Dorotea, marchaban al lado de su padre; Juana seguia; al llegar á la puerta del pátio, se volvió repetidas veces hácia la casa: su mirada se detuvo sobre una gran piedra encarnada que en tiempos pasados había formado parte del castillo de Marsk.

Todos cuatro marcharon á pié, por el camino que habian recorrido tantas veces en carroza con seis caballos; de este modo llegaron á Smisdstrup. Allí tenían una casita blanca, que se alquilaba por poco dinero: esta debia ser en adelante su residencia. Al acercarse á ella, se levantó del techo una bandada de cornejas y urracas, dando vueltas en el aire y gritando, como para burlarse de nuestros desgraciados viajeros, así como se burlaban tambien de las pobres avecillas en el bosque de Borreby, cuando derribaban los árboles.

Baldomero Daac y sus hijas, oyeron estos gritos; pero yo soplaba con fuerza en los oidos para que no los atormentasen.

Hélos aquí, pues, instalados en la pobre choza de Smidstrup; yo, como de costumbre, me lancé á través de los campos, atravesando los valles, los montes y los rios, para visitar otros paises y juguetear con las olas del mar.—¡Hui-hu-utch, toma tu vuelo!

Por último, ¿quereis saber lo que fué de Baldomero Daac y sus tres hijas?

Escuchad, escuchad aún.

Alla, en medio del páramo, cerca de la ciudad de Vivorg, se elevaba una elegante casa de piedra con una torrecilla almenada.

Era la de un rico labrador.

El humo se lanzaba en espesas espirales por la boca de la chimenea.

La mujer del labrador y sus dos lindas hijas, estaban sentadas en un pabellon del jardin, y despues de pasear sus miradas por el páramo, simultáneamente se fijaron en un mismo punto. ¿Qué era lo que les llamaba tanto la atencion, unida al mismo tiempo con cierta expresion de disgusto?

Si quereis saberlo, os diré que era un nido de cigüeñas, colocado en el techo de una humilde y vetusta choza medio derribada, cuyo tejado de bálago, estaba recubierto de musgo y setas.

¡Qué morada tan triste y miserable! yo no me atrevia á tocarla por temor de derribarla. Así, que hacía mucho tiempo estaria demolida, á no ser por la cigüeña que habia establecido en ella su nido. El labrador no quiso que se la desalojase y permitió á una pobre anciana privada de todo recurso y abandonada de todo el mundo, que se abrigase en el interior de la cabaña. Ahora bien, esta desgraciada criatura era Ana Dorotea, el pálido jacinto, la única que quedaba de toda la familia de Baldomero Daac. Aunque más delicada que sus hermanas, quizá por su misma debilidad, resistió más tiempo el sufrimiento: seguramente no debia felicitarse por ello. Más de medio siglo habia pasado desde la ruina de su casa, y ahora, encorvada por el peso de la miseria y de los años, tenía un mísero albergue que debia á la condescendencia de un extraño, y á la intervencion de una cigüeña. ¿Pero quién sabe, si este pájaro sería algun descendiente de aquellos, cuyo nido habia salvado en tiempos mejores en el bosque de Borreby?

Sea de esto lo que quiera, Ana Dorotea habitaba allí. Conversaba sola como hacen los que no tienen á quien quejarse. Así es como supe lo que ignoraba de los destinos de su familia.

—Sí, decia suspirando penosamente, todas las campanas han permanecido mudas ante el féretro de Baldomero Daac y ni siquiera un monaguillo ha cantado en el entierro del antiguo señor de Borreby; pero felizmente todo tiene un término en este mundo: hasta la miseria.

¡Cuando me acuerdo de mi pobre hermana Yeda, que se vió reducida á dar su mano á un aldeano!..... Ese fué el último golpe para nuestro pobre padre. ¡Casarse con un siervo del terreno, obligado á labrar la tierra para su señor! ¡qué humillacion!.... Pero hace ya muchos años que la muerte vino á libertarla. Ya nadie queda más que yo triste y abandonada. ¡Oh Dios, por piedad, libertadme del peso de esta vida miserable!—

Así oraba Ana Dorotea en su choza ruinosa y solitaria.

En cuanto á Juana, la más intrépida de las tres hermanas, no necesitaba que me dieran noticias de ella. Despues de la muerte de su padre, se disfrazó con un trage de hombre adecuado al proyecto que formó, y fué á presentarse al capitan de un buque que la recibió á bordo en clase de aprendiz. Era de genio orgulloso y feroz, avara de palabras pero pronta al trabajo; únicamente algo torpe para trepar y sostenerse en los mástiles. Un dia de temporal subió á desenredar el gallardete del palo mayor y yo la desenredé á ella misma precipitándola en el mar. Todos ignoraban que fuera mujer; pero no hubiera podido ocultar por mucho tiempo su secreto y yo la presté un servicio.

Era la mañana del dia de Pascuas, como cuando Baldomero Daac creia haber encontrado la piedra filosofal. Y oí salir por debajo del nido de la cigüeña por entre las paredes húmedas y agrietadas una voz débil que entonaba un salmo; era el último canto de Ana Dorotea.

La casa carecia de vidrios y en lugar de ventana tenía un agujero en la tapia; el sol llegó y la llenó con sus rayos dorados. ¡Qué claridad! La moribunda no pudo soportarla, sus ojos se apagaron y su corazon estalló. Pero de todos modos llegó el momento de su libertad, y si el sol se adelantó algunos segundos, ¿quién se atreveria á reprenderle por ello?

He cantado solo sobre la tumba de Ana Doretea, y solo tambien sobre la de su padre; solo yo sé dónde reposan uno y otra.

Cuando volvió la estacion de los frios, la cigüeña voló á otras regiones con sus hijos.

Para concluir: á tiempos nuevos, cosas nuevas; los antiguos caminos se convierten en cercados; sobre el punto que ocuparon las tranquilas moradas de nuestros padres pasarán con estrepito los trenes de los ferro-carriles. Las tumbas se borran, los nombres se olvidan.... —¡Hui-hu-utch! toma tu vuelo.—

Tal es la historia de Baldomero Daac y de sus hijas, narrada por el viento; recitad mejor que yo, si podeis; y sobre todo tratad de aprovechar sus lecciones.

EL REY DE LOS TIRADORES Y EL PAJARERO.

RECUERDOS

DE UNA ESCURSION EN EL HARZ.

Hace ya algunos años que hice una escursion á Alemania por la tan encantadora y pintoresca comarca que se llama el Harz. Pocos paisajes existen en que la naturaleza manifieste su poder y sus originalidades bajo formas más variadas é imponentes; el viajero camina á cada paso de sorpresa en sorpresa; ya encuentra una montaña con perfil humano, ya una gruta misteriosa, un monumento cubierto de mil inscripciones en todos los idiomas, una cascada que cae con estruendo en un vasto sumidero, una selva sombría poblada de espíritus, segun la tradicion, risueñas aldeas, campesinos y mineros vestidos con sus trajes antiguos y característicos, *touristas* originarios de todos los paises, pastores, pastoras y bohemios; en una palabra, á no hallaros sorprendido por una de esas tempestades que hacen creer en el fin del mundo, jamás podriais, querido lector, hacer una espedicion más agradable y más interesante.

Uno de los puntos notables del Harz es el monte de Stubenberg. Por una escalera de mil ciento ochenta y cuatro esca-

lones, llamada la *escalera de las hechiceras*, se baja á un valle delicioso, que se extiende hasta la aldea de Timmerode.

—Muchas desgracias, me dijo mi guia, han dado celebridad á este sitio; más de un viajero ha rodado hasta abajo y encontrado la muerte al pié de la montaña. Por otra parte, toda esta comarca es fatal; muchos hombres han desaparecido en ella de una manera misteriosa, y otros se han suicidado; anteayer, por ejemplo, le tocó á un jóven aldeano. ¡No soy yo quien quisiera tener semejante crímen sobre mi conciencia! Acaso ignorareis la historia del rey de los tiradores!

—¿Quién es ese rey de los tiradores?

—Si me lo permitis os referiré toda la historia.

—Ciertamente, la oiré con gusto.

Y el hombre iba á enterarme del asunto, cuando de repente vino á cortarle la palabra un ruido extraño, espantoso, como si se hundieran las montañas.

Producíale un mercader de Hamburgo que, recostado en la falda de la montaña, se entretenia en tirar pistoletazos. El eco hacía de cada tiro una especie de trueno violento que se desvanecia en un redoble siniestro.

—¡Esto es encantador! ¡maravilloso! ¡soberbio! esclamaba entusiasmado el buen comerciante, y el hombre que le acompañaba apenas tenía tiempo para volver á cargar la pistola que producia este encanto, esta alegría y estas rápidas esclamaciones.

Estoy seguro de que aquel hijo de Mercurio no habia soñado jamás en que llegaria á ser un dia el dios del trueno.

Mi guia, impaciente por contar su historia, me llevó muy lejos para no verse interrumpido en su discurso por aquel espantoso ruido, y suplico á mis lectores que tengan á bien seguir su narracion con tanta indulgencia como yo.

—No lejos de aquí, en la aldea de Timmerode, frente á frente de la morada del inspector de montes, se encuentra una antigua casita sombreada por un tilo y cuyas paredes se hallan tapizadas por plantas trepadoras. Pero tambien se veian en ellas otros adornos hace algunos años, ya un blanco atravesado á balazos, ya

la figura de un ciervo herido en el corazon. La herida estaba figurada por un tapon de corcho, de cuyo extremo pendia una cinta encarnada. Se hubiera creido ver en realidad correr la sangre.

En esta casita habitaba el *rey de los tiradores*.

La dignidad de este rey no se parece á la de los demás; no es debida al nacimiento sino al mérito. Y ordinariamente el feliz mortal que está revestido de ella, no ocupa mucho tiempo el trono. Aquel que, en el tiro al blanco ó al ciervo hace la mejor puntería, es elegido rey por todo el año y se pone encima de la puerta de su casa el blanco horadado ó la imágen del ciervo herido.

Rara vez faltaba este adorno honroso en la casa de Timmerode; Juan Diederichs, hijo único de la anciana viuda dueña de la casita, tenía en toda la comarca la reputacion indisputable de ser el más hábil tirador. Tan acostumbrados estaban á ver el blanco adornando su puerta, que si por casualidad faltaba alguna vez, continuaban sin embargo llamándole rey de los tiradores.

Juan era un jóven pacífico y taciturno; algunos descubrian en su fisonomía cierto colorido triste y sombrío. Con mucha frecuencia se le veia sentado todo el dia debajo del tilo, con la pipa en la boca, pero tambien se ausentaba muchas veces de la aldea. Entónces pasaba el tiempo en las inmediatas, ya tomando parte en algun banquete de tiradores ó en casa del guarda-montes de la Rosstrappe y sobre todo con los carboneros sobre el Brosken ó en las grandes selvas del Hartenberg que están llenas de mirlos durante el otoño.

Todos sabian que Juan era cazador furtivo, y los habitantes de Timmerode, súbditos del gran ducado de Brunswick, gozaban viéndole hacer burla de los guarda-bosques prusianos. No habia cosa que les divirtiera tanto como oir á Juan referir en la posada sus aventuras de caza.

Sin embargo, el carpintero vecino de Juan no parecia manifestar la misma satisfaccion.

—Vecina, dijo maese Grün á la viuda, vuestro hijo Juan no

vive bien. En los banquetes de los tiradores, se bebe demasiado aguardiente, y aun cuando por lo regular caza en vedado fuera de la comarca, nuestros guarda-bosques no miran á Juan de buen ojo. Me temo que le suceda alguna desgracia.

—¡Muchas veces se lo he dicho! contestó la madre suspirando.

—¡Y la casa se desmorona! muy pronto tendré que hacer una puerta para la cuadra á fin de que el ganado no se muera de frio en el invierno. ¿Por qué no cuida Juan de todo eso?, replicó maese Grün, tratad de retenerle un poco en el hogar.

—¿Acaso puedo? replicó la vieja. Si alguno puede, sois vos.

—¡Yo!

—O Paulina, añadió con cierta timidez.

—No hablemos más de eso; vivimos en buena armonía hace años; pero en cuanto á enlace entre nuestras familias no hay que pensarle siquiera, al menos con mi consentimiento. Por otra parte, Paulina es aun casi una niña y no he notado que tuviera inclinacion á Juan, ni á ningun otro.

—¡Oh! sé muy bien, dijo la viuda, que Enrique el tejedor la obsequia.

—Tontería, respondió el carpintero, ni uno ni otro me convienen para yernos.— En seguida se alejó.

Detrás del jardin del carpintero se hallaba situada una casita con tejado de paja, cuyas ventanas casi tocaban con el suelo. Los transeuntes podian ver muy bien lo que pasaba en su interior. Cerca de una de las ventanas se hallaba un telar y la pared de enfrente estaba guarnecida de numerosos ovillos de hilo. En la otra ventana se veia colgada una gran jaula, de donde salian los cánticos variados de una multitud de pájaros de todas especies. Rara vez se oia el ruido del telar, porque naturalmente este tenia que callar mientras el tejedor cuidaba los pájaros. Tan mezquina morada pertenecia á Enrique el tejedor, conocido tambien por Enrique el pajarero. Aun cuando parecia muy jóven,

era ya viudo, y hacía muy pocos años que habitaba en la aldea. Tenía el rostro pálido y los cabellos rojos; su mirada dotada de escesiva movilidad, no podia fijarse mucho tiempo sobre un mismo objeto; diríase que buscaba siempre alguna cosa. Las gentes de la aldea no querian á Enrique, á pesar de que nadie tenia que echarle nada en cara: decian algunos que habia sido malo para su mujer; pero nadie podia afirmar cosa positiva. El único defecto que podia achacársele era su poca aficion al trabajo. Pero Enrique no pedia prestado á nadie, pagaba exactamente á todo el mundo; ¿qué importaba pues que se ocupase más de los pájaros que de su telar?

El carpintero y su hija volvian una noche del campo. Paulina era una linda jóven, de unos diez y siete años; el padre marchaba delante con una hoz en la mano; seguíale su hija con un gran cesto de trebol á la espalda, los brazos cruzados y encorbada por el peso de la carga. Sin embargo, sus movimientos eran graciosos y sus esfuerzos coloreaban sus mejillas.

Al pasar por delante de la casa del tejedor, el carpintero dijo á Paulina.

—Vuelve sola á casa, hija mia, voy á entrar en la de Enrique á ver cómo va nuestro lienzo.

Enrique divisó en aquel momento á la jóven que pasaba. Esta tomó una punta de su delantal para enjugar el sudor que corria por su frente.

Al entrar el carpintero en casa de Enrique le vió sentado en su telar; pero la rueda no giraba y la lanzadera permanecia quieta en el tejido. El tejedor tenía un flautin en la mano; y sobre el telar delante de sí, se encontraba una jaula con un pardillo que parecia escuchar atentamente la música. De vez en cuando el pájaro repetia algunas notas y despues se paraba de pronto.

—Vamos, ¿quieres continuar? dijo el tejedor amenazándole con el dedo.— Y aproximando la flauta á sus labios se puso á tocar el aria tan conocida en Alemania

«Tú eres mi único amor.»

El pardillo repitió algunas notas, y Enrique continuó alternativamente sus amenazas y su música, hasta que el pájaro acabó por aprender el aria.

—Por lo que oigo, la música va bien, dijo el carpintero al entrar; pero el lienzo ¿cómo va?

—Buenas noches, vecino, respondió el tejedor algo cortado al dejar su flauta. El lienzo está en el telar; ya veis que me ocupo de él.

El carpintero miró de reojo al pardillo.

—¡Sí lo parece! ¿Pero estará concluido luego? El ama le espera con impaciencia.

—Ya le hubiera terminado, replicó Enrique, si el hilo no fuera tan endeble.

—¿Endeble? generalmente lo que hila el ama no tiene ese defecto.

—Queria decir que tiene muchos nudos.

—No, Enrique: hé aquí el nudo, replicó maese Grün señalando la jaula. Hace algun tiempo que solo te ocupas de coger pájaros, ¿vas á dedicarte á ese comercio?

—Nunca he tenido semejante intencion, respondió el tejedor bajando los ojos. Sin embargo, podria ganarse alguna cosa con una veintena de pájaros que cantaran bien. No es el oficio el que enriquece en los tiempos que corren.

—Sobre todo cuando no se le ejerce.

—Hoy todo el mundo se ocupa de él.

—Por último, procura concluir luego tu tarea. ¡Buenas noches!

Algunos dias despues, cuando Paulina fué á cerrar por la noche su ventana, encontró colgada por fuera la jaula, con el pardillo que cantaba con perfeccion:

«Tú eres mi único amor.»

bastante alto para que el rey de los tiradores pudiese oirle desde su jardin. Cuando vió á Paulina encaramarse para tomar la jaula y acariciar el pajarillo, volvió á entrar en su casa cerrando violentamente la puerta tras de sí.

Sin embargo, el tejedor que tendia sus redes en un campo inmediato, habia visto á Juan; soltó la carcajada y murmuró:

—¡Te cansas en vano, Juan! Yo sé muy bien que haces la rueda al rededor de Paulina; pero no la atraparás aun cuando fueses mil veces aclamado rey de los tiradores!

Verdad es que el carpintero no me quiere y que la vieja con otras charlatanas, se complacen en hablar de mí todo lo peor que pueden. ¿Qué me importa, como agrade á Paulina? Prefiere el canto de los pájaros á las murmuraciones de las comadres. ¿Pero no saldrá esta tarde para ir al campo? El viejo debe estar, segun costumbre, refrescando en la taberna.

Paulina salió muy luego.

La noche avanzaba y los dos amantes sentados tras de la valla, cambiaban palabras llenas de ternura. De repente oyeron los pasos de alguno que se acercaba, la jóven huyó á su casa y el tejedor se ocultó detrás de la valla. Era el carpintero que volvia, y segun iba andando se enredó en la red que Enrique habia tendido para coger los pájaros. Maese Grün se desembarazó como pudo de ella y la arrojó lejos de sí, gritando:

—¡Se ha atrevido á volver otra vez! A pesar de haberle prohibido coger pájaros en mi terreno y de decirle que los caze en otro sitio más apartado.

—¡Si no tendiera lazos más peligrosos que esos! dijo una voz que salía de una claraboya de la casa del rey de los tiradores.

—¡A! ¡eres tú, Juan! ¿Qué quieres decir? preguntó el carpintero.

—Preguntádselo á Paulina, que sabe mejor que yo todos los requiebros que el tejedor la ha prodigado esta tarde.

Dicho esto, Juan cerró la claraboya con estrépito.

Maese Grün volvió á entrar en su casa gruñendo, pero en cuanto cerró la puerta salió el tejedor de su escondite.

—¡Ah! dijo con gesto amenazador, escuchabas ¡eh! Espera un poco, Juan, que yo lo tendré presente.

Maese Grün era un hombre laborioso; tenía buen corazon, pero la cabeza ligera. Gracias á su trabajo perseverante, gozaba de algunas comodidades; poseia una casa, algunas heredades, una vaca y muchas cabras.

Pero sobre todo queria á su hija como á las niñas de sus ojos. Sin embargo no la mimaba; al contrario, la educaba con la mayor severidad. Nada habia perdonado para su educacion, y como era la jóven más linda de la aldea, se gloriaba de ello.—¡El que sea su marido no unirá su suerte con una tonta! repetia á todas horas. Así que era muy difícil de contentar en esta materia. El rey de los tiradores y el pajarero, poco aficionados ambos al trabajo, nada valian á sus ojos. Más de una vez habia reconvenido al primero; porque maese Grün no acostumbraba á pesar sus palabras; en cuanto al último, cuya secreta inteligencia con Paulina acababa de descubrir, juró que no le dejaría morir impenitente.

Al otro dia, más de la mitad de la aldea pudo oir perfectamente á maese Grün reñir acaloradamente, primero á su hija y despues al pajarero. Paulina lloró y el tejedor suplicó, pero nuestro hombre irritado no los hizo caso. Al salir de casa de Enrique se llevó el lienzo sin concluir.

—¡Pillastron! ¡mal pajarero! murmuraba segun iba andando. ¡Y quiere casarse con mi hija! ¡Semejante perro vizco, á quien nadie conoce! En tal caso preferiria al otro holgazan; este al ménos tiene buen carácter, y en cuanto á ella.... yo sabré hacer que olvide su capricho.

Apenas habia vuelto á entrar en su casa el carpintero cuando volvió á salir con el traje de los domingos, acompañado de Paulina, que llevaba un lio debajo del brazo. La pobre niña lloraba á lágrima viva; tomaron el camino de Blankenburgo, donde

Grün tenía una hermana viuda que se le parecia en todo, hasta en el génio.

—Cesa de lloriquear, dijo el padre á su hija; nunca te casarás con el tejedor; y ya sabes que cuando digo una cosa la cumplo. No te he educado con tanto esmero para que seas mujer de un pajarero, y no he economizado algunos cuartos á costa de mil privaciones para regalárselos á un holgazan, á un tunante.

—Yo no pido más que estar á tu lado, padre mio, respondió Paulina sollozando.

—No; tú vas á vivir en Blankenburgo al lado de tu tia Gertrudis. Es una mujer juiciosa que sabrá tenerte á raya. ¡Cuando pienso que tú, que eras mi orgullo, te has atrevido á entablar relaciones con ese vagabundo! nunca lo hubiera creido; ¡qué vergüenza! ¡qué desgracia!

De este modo continuó gruñendo mientras su hija le seguia llorando. Jamás habia hecho un camino tan doloroso.

Muy luego olvidaron en la aldea esta historia.

Paulina estaba en Blankenburgo. El rey de los tiradores fumaba en su pipa debajo del tilo, donde se divertia tanto en tiempos más felices; maese Grün gruñia á la viuda á causa de la pereza de su hijo y la viuda respondia siempre que ella sabía quién retendria á Juan en su casa. El carpintero replicaba:

—No tengo necesidad de un yerno que fume; necesito que trabaje.

En cuanto al tejedor, su oficio estaba completamente paralizado, pero su flauta gorgeaba todo el dia, no habia ya ovillos de hilo en su casa, pero sí muchas jaulas y pájaros. Por la tarde tendia sus redes y muchas veces se le veia tomando el camino de Blankenburgo, ó el que corre á lo largo de la *pared del Diablo*. Todos decian que no tomaba buen camino; pero á ninguno le entraban ganas de seguir ó espiar al pálido tejedor de torba mirada.

Algunas semanas pasaron así.

Llegó un dia en que Juan cesó de fumar bajo el tilo y no se vió su escopeta colgada en la pared. Delante de la puerta de la

viuda se presentó un gendarme con la carabina al hombro, mientras otro hizo un registro en la casa. Los habitantes de la aldea estaban reunidos en corrillos en la calle contemplando este espectáculo, y cada cual hacía sus comentarios.

—Tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe, dijo el carpintero á uno de sus convecinos. Ya hace tiempo que he advertido á la madre Diederichs que Juan concluirá mal.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Ha ido á cazar en vedado; pero esta vez no ha sido en terreno prusiano. Allá lejos, cerca de Tresemburgo, se ha asociado á Gaspar el Negro, á quien antes miraba con muy malos ojos. Han cazado juntos; y el guarda-bosques, que los acechaba, les disparó un tiro con su escopeta de dos cañones.

—¡Ay Dios! gritó una vieja. ¿Le han matado?

—No, dijo el carpintero; Martin, el criado del inspector, me ha dicho que huyeron sin que el guarda-bosques haya podido alcanzarlos. Pero ha dado parte á la autoridad que ha enviado los gendarmes en su busca.

—No se encuentra en parte alguna, gritó un aldeano que pasaba; y se volverán con un palmo de narices.

—Por último, dijo el carpintero, quisiera que saliera bien de este negocio, esto le servirá de leccion para lo sucesivo. Sabemos que no es malvado.

En efecto, todo el mundo lo sabía. No se podia echar en cara á Juan más que su aire taciturno, pero parece que era natural en él. Ya sus compañeros de escuela le hacian burla por su carácter sério, y rara vez jugaban con él. No tenía más amigos que Paulina, la hija del carpintero; así es que la llevaba en brazos, pasaba horas enteras jugando con ella, y más adelante la ayudaba á guardar las cabras y á recojer la yerba para alimentarlas. Cuando salió de la infancia, en lugar de ir á la taberna con los demás, cifraba toda su dicha en hablar con Paulina. Al anochecer, cuando volvia del campo, salía á su encuentro para cargar sobre sus espaldas el pesado cesto de la jóven, y esta complacencia le valió un apodo algo duro, se le llamaba el *asno de*

Paulina. Pero Juan se mordia los lábios sin contestar una palabra.

Muy pronto se vió obligado á partir para el ejército, y el dia en que tuvo que dejar á su compañera, tenía lleno de hiel el corazon y los ojos preñados de lágrimas.

Sin embargo, no pronunció más que estas palabras:

—« ¡Que Dios te bendiga, Paulina, adios! »

Y partió: cuando volvió, algunos años despues, todo habia cambiado. Enrique el tejedor habitaba en la aldea una casa vecina á la suya. Se habia casado, y habiendo quedado viudo, se hizo amigo de Paulina. Siempre tenía algo que contarla, y se encontraban, ya en la fuente, en el campo ó en el baile; por último, la jóven parecía que gustaba de la conversacion del tejedor. Verdad es que se manifestaba siempre amable con Juan; pero sola en su trabajo no se acordaba de él. Enrique era el único dueño de sus pensamientos.

En la funcion de los tiradores, Juan hizo el mejor tiro: el blanco fué llevado en procesion con acompañamiento de música á casa de su madre, y recibió el título de rey de los tiradores. Desde entónces Juan comenzó una nueva vida; asistió á todas las fiestas de tiradores de las cercanías y los blancos atravesados vinieron uno tras otro á su casa. Nadie hubiera dicho entónces que estaba herido en el corazon, como el ciervo colocado encima de su puerta; es que nadie veia correr la sangre de su herida.

A pesar de las súplicas de su madre y las advertencias de sus amigos, Juan continuaba sin ocuparse más que de la caza en vedado; la vida tranquila y monótona de la aldea se le hizo insoportable; corria á su perdicion.

Muchos dias hacia ya que no se oia hablar del rey de los tiradores.

Una noche, cuando toda la aldea dormia, pasó un hombre

deslizándose por el callejon que habia frente á la casa del tejedor. Enrique, que le habia visto, le siguió con la vista hasta que desapareció al llegar á casa de la viuda.

—¡Ah! eres tu, Juan, murmuró el tejedor; gracias por el último servicio que me has prestado, ya verás muy pronto si Enrique sabe cumplir su palabra. Y dicho esto salió tomando furtivamente, á través de los campos, el camino de Blankenburgo.

Al dia siguiente, se hablaba en la aldea del rey de los tiradores, que los gendarmes habian apresado en casa de su madre á media noche.

—Necesito ir á correr el mundo, dijo cierto dia el tejedor; en seguida puso las jaulas una sobre otra, las envolvió en un lienzo, tomó un palo y salió de la aldea.

—Ya me lo esperaba yo, se dijo el carpintero, hé ahí al vagabundo hecho y derecho.

—¡Eh! gritó un amigo del rey de los tiradores, el tejedor marcha, que sea cuanto antes. ¡Qué carga lleva sobre la espalda! Estoy seguro que hará negocio.

—Quizá, dijo el carpintero.

—Ese oficio no es tan malo como pensais, continuó el otro para hacer rabiar á maese Juan; el suegro hace las jaulas, el yerno caza pájaros y....

—¡Yo tomarle por yerno, preferiria hacerle su atahud.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! tanto mejor le tiene bien merecido, dijo el aldeano prosiguiendo su camino. ¿Por qué ese bribon ha hablado siempre mal de Juan? Si el rey de los tiradores se hubiera casado con Paulina no estaria encerrado á estas horas en los calabozos de Blankenburgo. ¡Pobre Juan! Henos ya libres de ese mal pajarero; ojalá dure mucho. Buen viaje, Enrique, yo no deseo mal á nadie, pero si te estrellaras en el camino me alegraria infinito.

El tejedor no oyó tan caritativo deseo; caminó con alegría, silbando y jugueteando con el palo. Brillaba el sol en todo su esplendor, los campos estaban floridos, todo el mundo le parecia alegre y feliz. ¡Qué diferencia tan notable de la vida de aldea!

¡no más rostros huraños! ¡no más oficio! El tejedor respiraba libremente, como si se le hubiera quitado un enorme peso de encima y apenas sintió la carga que llevaba sobre sus espaldas. Los pajarillos cantaban tambien alegremente; se diria que celebraban el placer de disfrutar algo del aire libre; toda la naturaleza parecia sonreir al pajarero.—¡Vivan los viajes!

En Blankenburgo, entró en casa de un antiguo conocido, depositó su carga, é inmediatamente se dirigió con una sola jaula á la calle donde habitaba la hermana de maese Grün; al pasar hizo una seña con la cabeza á una de las ventanas y entró en el parque de la casa de campo.

Al poco tiempo llegó Paulina, que al saber la determinacion que habia tomado empezó á llorar.

—Loquilla, dijo Enrique acariciándola; ¿qué crees que no volveré y muy pronto? Precisamente por tí marcho al estranjero. No hay nada á que ganar el pan en este país, en cualquiera parte tendré más suerte. Vamos, no llores más. Hé aquí lo que te traigo, este te distraerá con su canto.

Y el tejedor la presentó la jaula que la habia llevado y se puso á silbar la música de algunas canciones. Inmediatamente el pájaro le acompañó en el tema cantado.

—Estaré de vuelta dentro de un año.

—¡Un año! es muy largo, suspiró Paulina.

—Es la cancion quien lo dice, replicó Enrique, pero estaré de vuelta antes de pocos meses lo más tarde.

—¡Ay! ¿qué será de mí?

—Tú serás la mujercita del tejedor, tan cierto como me llamo Enrique, que el viejo consienta ó no. Vendré con el bolsillo repleto de dinero y ya verás cómo entonces mudan de tono. No hay música en el mundo que haga bailar á las gentes como la de la moneda sonante. Valor, pues, queridita mia, seremos tan felices como dos tortolillas.

A pesar de estas consoladoras palabras, Paulina regresó á casa de su tia, pálida y triste. Algunos minutos despues pasó Enrique por delante de la ventana, con su carga á cuestas; habia encon-

trado un compañero, que como él, queria correr el mundo, y ambos cantaban á voz en cuello.

Estaré de vuelta dentro de un año.

Cuando el pájaro colgado en la ventana oyó aquella música, hizo coro, miéntras que Paulina se arrojó llorando en una silla, y ocultando su rostro en las manos, esclamó:—« ¡oh, Dios mio! ¡qué sería de mí si no volviera! »

Llegó el otoño, despues el invierno. Los hielos pendian de los tejados y brillaban á los rayos del sol como largos diamantes; la escarcha cubria las matas; el camino, duro y terso, resonaba á lo lejos bajo los piés de los caminantes.

Paulina habia regresado á casa de su padre; sentada á la ventana, escuchaba, escuchaba, pero no volvia.

Las rosas habian desaparecido de las mejillas de la desgraciada jóven, triste y acongojada por un profundo pesar; habia confesado su falta que ya no podia ocultar.

Su padre, tan severo otro tiempo, lejos de cerrarla la puerta, la recibió hasta sin hacerla reconvenciones. Pero aquella casa, tan feliz antes, se habia convertido en mansion del dolor; los cabellos del carpintero que blanqueaban más y más cada dia, atestiguaban sus sufrimientos, á la vista de los dolores de la que llamaba en mejores dias la *niña de sus ojos*.

—¡Infortunada niña! suspiró maese Grün, que sentado junto á la lumbre apoyaba su cabeza entre las manos y contemplaba á Paulina, siempre ocupada en escuchar á la ventana.

¡No volverá! ¡no volverá! y aun cuando volviera..... Terminó estas tristes reflexiones moviendo la cabeza; en seguida cayó en un abatimiento extraordinario.

El invierno avanzaba y era cada vez más rigoroso; la nieve cubria toda la naturaleza con su blanco sudario.

El rey de los tiradores, que por último recobró su libertad, estaba desconocido. No salía ya de casa de su madre, triste y mudo, por más que veia desde la ventana donde estaba á las liebres que se refugiaban en el jardin no pensaba en la caza. Su escopeta se enmohecia colgada de la pared.

—Le han destrozado el corazon en la cárcel, decia la viuda.

Ambas casas parecian malditas.

Un dia Juan tomó de repente su escopeta y se puso á limpiarla.

—¿Qué haces, hijo mio? esclamó la vieja asustada, ¿quieres volver al monte? No has pagado aun bastante caros tus atolondramientos? Juan, vuelve esa escopeta á su sitio.

—Tranquilizaos, madre mia, respondió el hijo; no volveré más á caza. Cerca de la taberna, he encontrado á Gaspar el negro que me ha asegurado acaba de ver en Goslar á Enrique el tejedor. Tú misma me has dicho que maese Grün le espera para celebrar su boda con Paulina y quiero limpiar mi escopeta para celebrar dignamente la felicidad de los nuevos esposos.

—¿Pero estás bien seguro de que Enrique volverá?

Juan habia levantado el gatillo y le frotaba con fuerza.

—¡Cómo, dudas que venga! esclamó; ¡qué idea!

¡Pobre Paulina!.... Seguramente volverá, es preciso, ó.... y tiró del gatillo de repente. La viuda se levantó temblando.

—Ahora se mueve bien, dijo Juan con alegría, estaba todo enmohecido. Hacía tanto tiempo que no la usaba; te prometo que se la oirá. En seguida salió.

—Piensa siempre en ella, murmuró la viuda. ¡Qué desgracia que maese Grün no haya querido escucharme!

Por fin llegó el tejedor, habia pasado muchos dias en las cercanías sin darse gran prisa al parecer en regresar á Timmerode; en cuanto llegó y contra su costumbre, el primer sitio que visitó fué la taberna; los jóvenes que se encontraban en ella le contemplaron con admiracion. El tejedor que antes era tan tímido, se habia vuelto un mozo desenvuelto; hizo sonar la plata

en sus bolsillos, los convidó á beber y refirió historias de los paises que habia recorrido.

Al dirigirse á su casa, encontró al carpintero: maese Grün se disponia á abrumarle, como en otros tiempos, con sus reconvenciones; pero el tejedor le cortó la palabra.

—Basta, vecino, dijo interrumpiéndole, si ha habido falta teneis tanta culpa como yo. La sangre de la juventud es ardiente. Pedí sumisamente la mano de vuestra hija; me la negasteis y sabiais que nos amábanos. Si persistís aun en vuestra negativa, sabré consolarme; en caso contrario demostraré que Enrique cumple sus palabras.

—Sabes muy bien que no puedo negártela, respondió el carpintero desalentado; tómala pues en nombre de Dios. Pero acuérdate, Enrique, de que es mi hija única. Tenía esperanzas de casarla con un hombre honrado y laborioso, tal vez llegues á serlo. Permanece pues en tu casa, vuelve á tomar tu oficio y renuncia á la vagancia. Yo os ayudaré cuanto pueda, ó más bien, lo poco que tengo será vuestro; pero por tu felicidad y la suya, te ruego que cambies de conducta.

El tejedor replicó secamente que sabria cuidar bien por sí de su mujer y sus hijos, nadie tenía derecho para darle instrucciones. Amaba á Paulina y era correspondido, lo demás corria de su cuenta. Maese Grün se separó de él moviendo la cabeza.

Ocho dias despues se hizo la boda.

El rey de los tiradores colocado de pié en un rincon oscuro de la iglesia, miraba fijamente á la desposada.

Concluida la ceremonia se dirigió con los demás á casa del carpintero, que habia convidado á Juan y á su madre como vecinos y antiguos conocidos. Cuando presentaron á los novios los regalos de boda, Juan trajo tambien el suyo, que depositó con

mano temblorosa sobre las rodillas de la recien casada, deseándola dicha y bendiciones: acto seguido se acercó al tejedor.

—Ahora eres el marido de Paulina, le dijo tendiéndole la mano: por ella te pido que todo quede olvidado entre nosotros.

—¿Acaso hemos sido enemigos alguna vez? respondió con lijereza el tejedor.

—¿Para qué fuistes á Blankemburgo la noche misma que vinieron los gendarmes á prenderme?

El tejedor se extremeció.

—Lo sé todo, continuó Juan; pero quiero olvidarlo, hazla feliz es lo único que te pido.

A la hora del crepúsculo, mientras los jóvenes de la aldea hacian una alegre salva en honor de los recien casados, se oyó á lo lejos en el valle de Bode, una detonacion que despertó todos los ecos de las montañas.

Al otro dia, un guarda-bosque encontró sobre la pendiente de una roca el cadáver del rey de los tiradores. La bala le habia atravesado el corazon, aquel corazon tan rico de amor, y un prolongado reguero de sangre se estendia como una cinta sobre la espesa capa de nieve.

Cuando mi guia terminó su narracion, continuamos marchando en silencio durante algun tiempo.

—¿Qué ha sido de Paulina? pregunté.

—Pobre mujer, los temores del viejo Grün eran muy fundados. Enrique no tuvo valor para volver á su oficio. Sin embargo, mientras vivió el viejo lo pasó menos mal; pero despues de su muerte, Enrique, que llevaba una vida disipada, consumió la herencia de Paulina y concluyó por vender la casa. En seguida se fué á establecer en Goslar, ciudad de su nacimiento, donde no se ocupó más que de cazar pájaros. Al poco tiempo me con-

taron que prefiere la botella á su mujer y despues no sé qué ha sido de él.

Más adelante, al volver de mi viaje, me detuve en la estacion del ferro-carril en Goslar. Habia que esperar para obtener los billetes; mi vecino era un hombre de elevada estatura, de unos cuarenta años próximamente y vestia con un gaban blanco raido; tenía las mejillas hinchadas, la nariz morada y cabellos medio rojos y medio canos. Con una mano agitaba un tremendo palo y guardaba la otra en su bolsillo. En cuanto recibió los billetes se dirigió tambaleando hácia una mujer pálida y demacrada, que llevaba una carga voluminosa, cubierta con un encerado viejo. Debajo de su pañuelo desgarrado, se veian algunas jaulas que tenía en la mano. A su lado, lloraba un niño de aspecto enfermizo, con la cabeza y las piernas desnudas; su madre trataba de consolarle al paso que vertia tambien lágrimas.

—¡Vamos! dijo bruscamente el hombre del palo; vas á cesar muy pronto de gimotear así con ese mocoso.

Y como el desgraciado niño se afligiera de nuevo.

—¡Cállate, lloron! añadió; vas á quedarte con tu tia; ¿dónde diablos estará esa bruja? ¡Vamos, pronto, Paulina! lleva los pájaros al coche y trata de colocarlos bien; eso vale más que permanecer aquí lloriqueando.

La mujer obedeció, y el niño, viéndola alejarse, lloraba con más fuerza.

En este momento, llegó una vieja de aspecto repugnante; entregó al hombre una botella de aguardiente que contempló un momento antes de meterla en el bolsillo. En seguida la vieja tomó al niño por la mano y le llevó casi arrastrando. El niño volvia sin cesar la cabeza hácia el coche para encontrar las miradas de su madre. La infortunada jóven le envió algunos besos hasta que cesó de verle. Mientras tanto el marido fué á tomar una copa

en la cantina, y á la vuelta empezó á reñir violentamente á su mujer, porque los paquetes no estaban aun colocados. Un empleado se presentó para tomarlos.

—¿De quién son los pájaros? preguntó.

—¡Mios! Enrique Strahmaun, respondió el vagabundo. ¡Enrique! ¡Paulina! Era el tejedor de Timmerode y la que fué en otros tiempos compañera de infancia del desgraciado rey de los tiradores.

LORENZO EL PEREZOSO.

En el lindo valle de Asthon, vivia una pobre mujer que se llamaba la viuda Preston; habitaba una choza pobre, pero muy limpia, á cuyo lado tenía un jardin tan bien cuidado, que nadie encontraría en él un pelo de mala yerba. Este jardin, compuesto de cuadros, de flores y fresas, debia bastar con sus productos para cubrir todas las necesidades de la vida. Con las flores hacía lindos ramilletes que vendia en Clifton ó en Bristol. En cuanto á sus frutas no necesitaba llevarlas al mercado, los habitantes de la ciudad acostumbraban ir en verano á comer fresas de los jardines de Asthon.

La viuda Preston era tan complaciente, tan activa y de tan buen carácter, que todos los que la veian quedaban prendados de ella. De esta suerte vivió muchos años; pero ¡ay! un otoño cayó enferma, y todas las desgracias llovieron de una vez sobre ella; su jardin quedó abandonado, murió la vaca que tenía, y todo el dinero que habia economizado, se empleó en pagar medicinas. El invierno pasó, pero se encontraba tan débil que no pudo procurarse por su trabajo más que recursos insuficientes. Cuando llegó el verano, vino el propietario á pedirla el valor del arrendamiento; no pudiendo pagarle este año tan fácilmente como